

Impactos psicosociales y labores de cuidados en hombres buscadores





AMIRE
DESAPARECIDO 29/NOV/2019

Impactos psicosociales y labores de cuidados en hombres buscadores

Esta publicación fue sometida a un proceso de revisión y lecturas especializadas conforme a los criterios editoriales de Fundar. Centro de Análisis e Investigación, A.C.

Autoras:

Fundar Centro de Análisis e Investigación
Paola Alejandra Ramírez González

Cuidado editorial

Claudia Minerva García
Mariana Gurrola Yáñez

Proofreading

Claudia Minerva García

Diseño editorial e ilustraciones

Stephanie Lagunas

Foto de portada

Adolfo Vladimir/Cuartoscuro

Corrección de estilo

Luis Mendoza Castañeda



Fundar, Centro de Análisis e Investigación A. C.
Cerrada de Alberto Zamora 21, Col. Villa Coyoacán, Del. Coyoacán,
C.P. 04000, Ciudad de México

Primera edición: junio del 2026

Forma recomendada de citar.

Ramírez, A. (2026). *Impactos psicosociales y labores de cuidados en hombres buscadores*. Fundar, Centro de Análisis e Investigación, 93 pp. Ciudad de México.

Alejandra Ramírez es investigadora del programa de Derechos Humanos y Lucha contra la Impunidad en Fundar, desde hace más de diez años se dedica al acompañamiento a familiares de víctimas de desaparición forzada por lo que esta investigación se enuncia desde la colaboración horizontal comprometida y la escucha activa, así como desde la exigencia por justicia y verdad.

Impactos psicosociales y labores de cuidados en hombres buscadores



Índice

I. Introducción

10

II. Acerca de la metodología: sujetos y contextos

16

III. Emoción vs. razón: pensamiento dicotómico como organizador social

26

IV. Enfrentar los diversos impactos mientras cuidan

36

Afectaciones psicoemocionales

42

Afectaciones a la salud

47

Daños a la economía en el núcleo familiar

54

V. Riesgos y cuidados colectivos para la agencia política desde la perspectiva masculina

64

VI. Conclusiones: cuidar a quienes cuidan

74

Referencias

80

Anexo

84



Taller de impactos psicosociales con hombres buscadores, 2 y 3 de abril de 2025.

El hombre sí tiene una gran importancia, pero hoy, a nosotros en la historia nos toca sostener la labor de las mamás. A mí en lo particular, como hombre, no me interesa tener un lugar en la historia, un lugar en el proceso. Más bien, pensar cuál es la mejor forma de ponerle las manos a todas las mamás para que se sostengan y no se caigan, porque son ellas quienes verdaderamente están dando la batalla y están dando el cambio en la historia de nuestro país. Somos el diez o quince por ciento de hombres buscando, hoy nos toca sostener esa gran columna vertebral que son las mamás, las mujeres que buscan.

Testimonio, hermano buscador



I.

Introducción

El drama de las desapariciones forzadas en México que, de acuerdo con cifras oficiales asciende a 133,475¹ casos registrados, es un problema grave y sensible que afecta a miles de personas que, desde el momento de la desaparición de sus seres queridos, dedican gran parte de su vida a buscarlos. Las afectaciones que genera este fenómeno criminal son múltiples y trastocan todas las dimensiones de la vida personal, familiar y social; empujan a la modificación de los modos de vida cotidiana, lo que genera escenarios adversos para quienes sufren la pérdida de sus seres amados.

En ese sentido, y debido a las escasas investigaciones que abordan el tema poniendo el foco analítico en los hombres buscadores, el

1 Cifra obtenida de la Comisión Nacional de Búsqueda de la Secretaría de Gobernación, a través del Registro Nacional de Personas Desaparecidas y No Localizadas (RNPDN). Consulta realizada el 8 de diciembre de 2025. Disponible en: <https://versionpublicar-npdno.segob.gob.mx/Dashboard/Index>

interés principal de este documento es desde una mirada crítica² y con enfoque psicosocial, de género y de derechos humanos, aportar elementos que permitan conocer la experiencia de los hombres en búsqueda, los impactos psicosociales, y de qué manera o en qué nivel, participan en trabajos de cuidado, al tiempo que realizan labores de búsqueda en contextos permeados por la criminalidad.

Para ello, el uso de la categoría de *género* es clave, pues, si bien el uso de dicho concepto suele hacerse mayoritariamente en estudios relacionados con las mujeres, es importante señalar que género, entendido como una categoría de análisis, no es sinónimo de mujer, sino una herramienta para identificar los impactos y las experiencias diferenciadas que viven mujeres y hombres en función de los roles de género que se les asigna socialmente. Para esta investigación, es un lente que nos permite, entre otros aspectos, entender cómo se construyen las masculinidades en escenarios de violencia, desaparición y búsqueda. Como señala Segato, “[...] género no es otra cosa que una categoría analítica que pretende dar cuenta de cómo representaciones dominantes, hegemónicas, organizan el mundo de la sexualidad, de los afectos, de los roles sociales y de la personalidad” (2018, p. 28).

2 Por mirada crítica en el acompañamiento a víctimas de la violencia a partir de los enfoques señalados, nos referimos a una postura ética y política que sitúa la valoración de los daños en el contexto de violencia sociopolítica donde fueron producidos. Es decir, desmarca la visión individualista y clínica tendiente a patologizar los malestares, reduciendo con ello el reconocimiento de las estructuras de violencia, poder y dominación que las produjeron víctimas, así como las formas de afrontamiento colectivas. Asimismo, pone en el centro de nuestras acciones las necesidades de las víctimas de manera diferenciada, sensible y cuidadosa, procurando la horizontalidad en la forma de relacionarnos y de producir conocimiento. Para leer más al respecto sugerimos revisar: Antillón, X. (2022). [Anti] Manual sobre enfoque psicosocial y trabajo con víctimas de la violencia y violaciones a los derechos humanos. Disponible en: <https://fundar.org.mx/wp-content/uploads/2022/07/Anti-Manual-sobre-enfoque-psicosocial-y-trabajo-con-victimas-de-la-violencia-y-violaciones-a-los-derechos-humanos.pdf>

Una de las preguntas que suele hacerse reiteradamente en torno a la participación en las búsquedas basadas en el sexo de las personas, es: ¿por qué los hombres en búsqueda son minoría respecto a la presencia de las mujeres? Entre algunas respuestas que se han problematizado en torno a dicha pregunta (Hernández, 2019; Palacios

y Moroño, 2021) hay aspectos que señalan la organización al interior del núcleo familiar, basada en roles tradicionales de género en ámbitos como la división sexual del trabajo, el sistema reproductivo y el trabajo del hogar. De esta manera, a los hombres se les ha asignado el rol de proveedores, mientras que a las mujeres los de la crianza, los cuidados y las labores domésticas, razón por la cual, en lo que refiere a las búsquedas, estos roles se reproducen y se da por hecho que las mujeres tienen mayor disposición de tiempo y fuerza emocional para llevar a cabo estas actividades.

En algunos casos en los que padre y madre, o quienes sostienen económicamente a la familia (que

puede tener constituciones diversas) tienen trabajos formales, se argumenta que las mujeres tienen mayor flexibilidad de horario, lo que no responde necesariamente al establecimiento de un horario formal. Incluso hay casos en los que ellas también han sufrido el despido de sus empleos por faltar debido a que se ocupan en diligencias de búsqueda.

“

A los hombres se les ha asignado el rol de proveedores, mientras que a las mujeres los de la crianza, razón por la cual, estos roles se reproducen y se da por hecho que las mujeres tienen mayor disposición de tiempo y fuerza emocional para llevar a cabo estas actividades.

”

Otra respuesta obedece a que, al ser hombres la mayoría de las víctimas de desaparición, son las mujeres quienes quedan a cargo, no sólo del sustento y cuidado de niñeces, juventudes y personas adultas mayores o enfermas, sino también, de la responsabilidad de la búsqueda. Hay, además, casos de madres solteras que quedan al frente de las familias ante el abandono de la figura paterna (Domínguez, 2024).

En el ámbito afectivo, como parte de mi recorrido acompañando colectivos, hace años escuché el testimonio de un padre que argumentó su poca asistencia de la siguiente manera: “no quiero encontrar a mi hijo si está así [enterrado en una fosa]”; por ello, él trabajaba y la esposa se dedicaba a ser ama de casa y a buscar. Un testimonio similar surgió en el taller que aporta datos sustanciosos para este documento y del cual se habla en el apartado metodológico. Uno de los participantes expresó: “no estamos preparados para sepultar a nuestros hijos”. De forma similar, otro de los participantes en dicho espacio manifestó:

[...] cuando comenzó todo esto, hace más de 15 años, a los lugares que íbamos, yo no quería encontrar nada; me negaba; iba, pero no ponía atención. No me interesaba estar en ese lugar porque deseaba no encontrar sus restos humanos [de su hijo]. Pero pasaron los años y ahora sí deseo encontrar sus restos, o una parte de él, es difícil aceptarlo.

Los testimonios que se recuperan para este trabajo tienen una carga emocional que permite observar la negación a encontrar sin vida a sus seres queridos, actitud vinculada a cierta resistencia para participar en las búsquedas. También, se puede observar, al menos en el primer testimonio, que el padre asume que su esposa, en su rol de mujer y madre, inherentemente tiene las herramientas psicoemocionales para manejar la situación si llega suceder el hallazgo. De igual manera, a las mujeres y, en particular a las madres, se les atribuye



Captura de video. Serapaz México. Javier Barajas Barrera, padre buscador.

cierta superioridad moral que termina legándoles la responsabilidad de la búsqueda y la carga afectiva, como se observa en el siguiente testimonio de un asistente al taller: “las mujeres son más fuertes porque llevan más calidad humana, porque son más sensibles”.

En dichos testimonios hay un razonamiento que encuentra explicación en estereotipos de género relacionados con la vivencia emocional: las mujeres “*son*” las amorosas, apegadas, resistentes al dolor y, por lo tanto, quienes “*aguantan más*” (Palacios y Moroño, 2021). Hay una interiorización y distribución de los mandatos de género que se aprenden desde las primeras etapas de la infancia en contextos socioculturales específicos.

De esta manera, y como lo veremos más adelante, los mandatos de-terminan lo que se espera de unas y de otros, situación que termina reproduciendo y sosteniendo expresiones concretas de desigualda-

“

Los mandatos determinan lo que se espera de unas y de otros, situación que termina reproduciendo y sosteniendo expresiones concretas de desigualdades

”

de las violencias y opresiones que atraviesan la vida, los cuerpos y las subjetividades de las mujeres buscadoras, sino también de los hombres en búsqueda.

La intención es, por un lado, evitar formas de invisibilización de la experiencia y participación de aquellos hombres que asumen con responsabilidad un rol activo en el quehacer de búsqueda y que se involucran, en mayor o menor medida, en el trabajo de cuidados a nivel familiar y colectivo. Por otro lado, reflexionar sobre cómo podemos imaginar prácticas, intervenciones y modelos para acompañar procesos que favorezcan micro transformaciones en las relaciones entre hombres y mujeres tanto en la vida íntima y cotidiana, como en los espacios públicos y en la acción política para que sean relaciones más equitativas y justas. Todo esto para, finalmente, generar conocimiento que permita impulsar políticas públicas que atiendan a la población buscadora en su conjunto y que se cuide eficazmente a quienes buscan mientras cuidan.

des, como son la responsabilidad afectiva y las labores de búsqueda y de cuidados. En otras palabras, “[...] reproducen imaginarios sociales en torno a lo femenino y lo masculino, que no siempre responden a la realidad concreta en la que viven” (Hernández, 2019, p. 102).

Partiendo de los aspectos anteriores, problematizar el trabajo de cuidados en su cruce con los impactos psicosociales que permean la experiencia de quienes buscan a sus seres queridos, y en la intersección del género, la clase y los factores socioculturales, conlleva a indagar no sólo la perspectiva específica y diferenciada



II. Acercas de la metodología: sujetos y contextos

Las discusiones, las reflexiones y los hallazgos presentados en este documento derivan principalmente de un taller de impactos psicosociales con hombres buscadores, realizado los días 2 y 3 de abril del 2025 en la Ciudad de México, como parte de los espacios de acompañamiento que realiza el Programa de Derechos Humanos de Fundar.

El contenido y la implementación metodológica que dieron formato al taller tuvieron adecuaciones durante su desarrollo del espacio, debido a que los intereses temáticos a ser abordados por parte de los participantes se inclinaron hacia otros tópicos y no hacia identificar, nombrar y reconocer los diversos tipos de daños que sufren ante la desaparición forzada de sus seres queridos; es decir, trabajar colectivamente sobre los impactos psicosociales, que era el objetivo central originalmente.

Los intereses entre acompañantes y víctimas no siempre se corresponden, y, por ello, las metodologías deben ser flexibles a las demandas que se formulan *in situ*. La flexibilidad metodológica es clave al trabajar en el acompañamiento a víctimas, pues un principio ético es colocar en el centro las necesidades de las y los protagonistas, de sus historias y heridas.

Observar cierta resistencia para hablar sobre los impactos psicosociales es en sí mismo es un dato de género, ya que algunos de los buscadores lo consideraban menos relevante, pues implica reconocer sus emociones y sentimientos, lo que es percibido como muestra de debilidad (que suele asociarse más a las mujeres y, por ende, a lo femenino), por lo que tratan de ocultarlo en la construcción urgente e importante de estrategias de acción para buscar a las personas desaparecidas. La situación es contraria cuando se trabaja este tema con grupos compuestos en su mayoría por mujeres, pues dicha resistencia no existe; por el contrario, hay una necesidad real y latente por hablar de sus malestares, pues comprenden la relevancia que conlleva para sostener la búsqueda.

No obstante, en el grupo se logró tener una aproximación que permite plantear algunas reflexiones vertidas a lo largo del presente documento. Asimismo, se realizaron entrevistas a profundidad a modo de conversación con algunos integrantes del taller y con otros hombres buscadores que no participaron en dicho espacio, pero que han sido acompañados por Fundar en su caminar.

Cabe mencionar que, además de los datos recogidos durante el taller, y en el ánimo de nutrir las reflexiones aquí vertidas, se retoman algunos aportes etnográficos y testimoniales, tanto del trabajo en Fundar, como del trabajo que como acompañante psicosocial he realizado en otros espacios a lo largo de los años.

De igual manera, los testimonios de los hombres buscadores son colocados en el centro de los análisis vertidos en esta investigación, no solo porque reconocemos la legitimidad de su experiencia transmitida a través de los mismos, sino también, porque consideramos que brindan pistas para imaginar otras formas de posibles referentes en torno a lo que es “ser hombre” desde lugares que cuestionan las lógicas establecidas por el orden patriarcal que genera relaciones desiguales.

La heterogeneidad de los participantes, en cuanto a geografías, edades, vínculo con quienes buscan (padres, hijos, hermanos, abuelos, amistades) y temporalidades del hecho victimizante (casos de larga data, contemporáneos y recientes) dotó de riqueza al intercambio intergeneracional de vivencias y de saberes a través de años de experiencia de búsqueda en diferentes modalidades (forense, en vida, institucional, autogestivas/independientes, organizadas en brigadas). Asimismo, favoreció la construcción de un espacio emocionalmente seguro y confiable para hablar y escucharse entre hombres, la mayoría de ellos, líderes en sus colectivos locales.

Cabe resaltar, dentro de dicha pluralidad de hombres buscadores, dos vincularidades poco abordadas, pero relevantes. Por un lado,

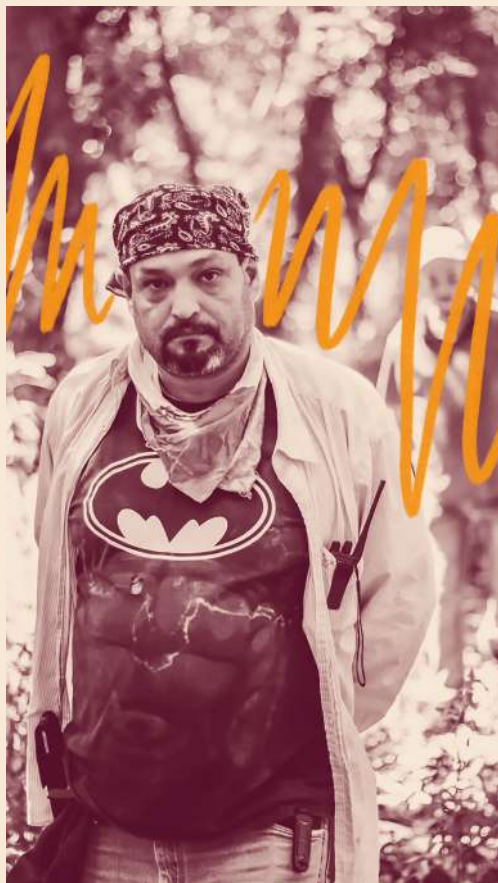


Foto cortesía Miguel Trujillo, hermano buscador.

los vínculos “otros” que no atraviesan la vía consanguínea, sino que se gestan por afectos estrechos a través de actos cómplices, formas de hermanarse que configuran connotaciones de amistad en su dimensión política. Es decir, aquella que se elige y que se lleva hasta sus últimas consecuencias, por ejemplo, encabezar la búsqueda de un amigo desaparecido.

Por otro lado, desde una perspectiva intercultural,³ la experiencia de los buscadores pertenecientes a comunidades indígenas y campesinas que habitan territorios históricamente violentados. Entre otras afectaciones, experimentan daños a sus cosmovisiones, expresiones de racismo institucional en los procesos de búsqueda, reajustes en sus prácticas rituales en torno a la muerte y formas de exclusión y marginación social.

Otro aspecto que cabe señalar, es que los participantes se criaron en contextos rurales y urbanos, que comparten una importante semejanza, pese a sus diferencias: sus trayectorias de vida han estado marcadas por violencias estructurales, clasistas y racistas que se cruzan con la violencia extrema de la desaparición (en algunos casos, muertes violentas de otros familiares), y las violencias institucionales a *posteriori*. Es decir, son masculinidades construidas en contextos de precarización, desigualdades e injusticias que no

“
**Son masculinidades
construidas en contextos de
precarización, desigualdades
e injusticias que no
favorecieron las condiciones
óptimas para desarrollar un
proyecto de vida deseado**
”

3 Un trabajo que aborda los impactos psicosociales en población indígena y campesina se puede revisar en Fundar. Centro de Análisis e Investigación. (2017). *Yo sólo quería que amaneciera. Impactos psicosociales del caso Ayotzinapa*. Disponible en <https://fundar.org.mx/mexico/pdf/InformeAyotziFin.pdf>

favorecieron las condiciones óptimas para desarrollar un proyecto de vida deseado lo que ha implicado, para quienes paternan, no poder criar a sus hijos en contextos seguros y con oportunidades de acceso a cubrir los requerimientos materiales que sostienen las necesidades básicas.

Así, tener en consideración que los hombres que participaron en este taller han sufrido múltiples violencias anudadas a los contextos socioculturales y familiares en los que, desde las primeras etapas de la niñez, aprenden e introyectan cómo responder a las expectativas de determinados estereotipos de lo que es “ser hombre”, nos ayuda a entender la configuración de subjetividades masculinas que, a su vez, en algún momento pueden reproducir prácticas patriarcales al interactuar con sus compañeras de vida y de lucha.

Tradicionalmente, la masculinidad se ha entendido como una serie de atributos, comportamientos y roles que la sociedad asocia con los hombres. Esta construcción social de la masculinidad implica una constante negociación y reafirmación de significado de “ser hombre” en diferentes contextos históricos y culturales [...]. Es crucial entender cómo estos mandatos de género impactan no solo a los individuos, sino a la sociedad en su conjunto, moldeando relaciones y estructuras de poder las cuales perpetúan la desigualdad y la opresión, tanto en el ámbito público como en el privado (Mateo Cruz, 2025, p. 45).


Como veremos en testimonios más adelante, la figura materna ha sido clave en aprendizajes socioculturales de cuidado y afectivos; los referentes paternos también han jugado un rol fundamental. Al respecto, en los casos con los que colaboramos para este trabajo, hay quienes refieren tener padres cercanos y que, inclusive en estos momentos de la vida, viven con ellos y están presentes en la dinámica familiar. Sin embargo, otros mencionaron padres secos, fríos, distantes, herméticos y que, inclusive, no participan activamente en

la búsqueda de sus hijos desaparecidos. Incluso hay para quienes la apatía y nula indignación paterna ante injusticias sociales, provocó el despertar de la rebeldía: “mi padre era apático ante las injusticias, es lo que me indignó y me puso del otro lado; me dije: yo no puedo ser indiferente como él”.

Es decir, al ser parte de un sistema de dominación y opresión, en ocasiones los hombres buscadores pueden ser agentes reproductores de prácticas desiguales que obedecen a mandatos de género que, al transitar la desaparición y las adversidades a las que se enfrentan al tener contacto con instituciones y en el ejercicio mismo de la búsqueda en contextos hipermachistas y de riesgos latentes, entre otros aspectos, algunos se han vuelto desconfiados y herméticos: “se vuelve uno tosco, rebelde, temerario”. Es decir, han aprendido a activar el modo “defensiva o ataque” como un mecanismo de defensa y supervivencia. Son agentes que reciben y ejercen formas de violencia de género.

En contraste, las relaciones entre géneros son complejas y, en ocasiones, la reproducción de prácticas patriarcales es de “ida y vuelta” y genera tensiones. Durante el taller, algunos buscadores expresaron haber recibido malos tratos al interior de sus colectivos por parte de sus compañeras: “nos sentimos relegados o que nos hacen a un lado”; “el empeño que ponen los hombres no es valorado como las mujeres, sobre todo, moralmente”; “las mujeres tienen mayor voz moral que un padre, que un hermano”.

Ante situaciones de este tipo que los han llevado a experimentar momentos difíciles, enfatizaron que no se trata de comparar los esfuerzos de unas y de otros. Una postura consensuada fue resaltar el valor que les dan a sus esposas, a sus compañeras de búsqueda y la necesidad de respaldarlas y construir un camino conjunto y de cuidados colectivos debido a que reconocen lo injusto que es lo que denominaron *sobrecarga de responsabilidades* a la que se



enfrentan quienes viven la trágica y dolorosa situación que implica la desaparición de un ser querido. En esta línea, un tema tan sensible requiere reconocer el valor de la lucha y el dolor de forma diferenciada, esto debido a que cada persona tiene su propia manera, herramientas y ritmos temporales de habitar los procesos complejos a los que se enfrentan en el camino de la búsqueda.

Poner en relieve este tipo de tensiones permite observar con lupa las complejas relaciones entre géneros y lo desafiante que es desmontar prácticas que anudan y sostienen formas de desigualdad, producción de microviolencias y estereotipos de género que determinan un “deber ser”, tanto para hombres como para mujeres, anudamientos en los cuales estamos inmersos, y a los que contribuimos y reproducimos. A la vez, somos dominados por los poderes sistémicos que se benefician de las violencias y las desigualdades que ordenan el campo de lo social, económico y simbólico. Antes de avanzar, nombramos, reconocemos y agradecemos la participación en el taller y en las entrevistas de:

Héctor Rodolfo Flores González

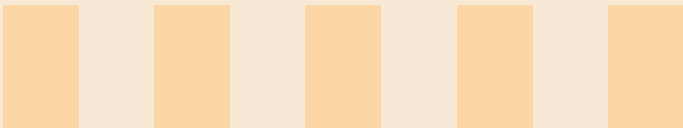
Colectivo Una Luz de Esperanza, Jalisco.

Busca a su hijo Héctor Daniel Flores Fernández, desaparecido junto con otras dos personas el 18 de mayo de 2021 en Guadalajara, Jalisco. Desde un inicio, su padre señaló que Daniel fue sustraído por elementos de la Fiscalía del Estado de Jalisco. En junio de 2025, un Tribunal Colegiado, a través de una sentencia que derivó de un amparo buscador, reconoció la participación y responsabilidad de dicha institución en la desaparición forzada de Dani.

José Luis Castillo Carreón,

Buscador independiente, Chihuahua.

Busca a su hija Esmeralda Castillo Rincón, desaparecida el 19 de mayo de 2009 en Ciudad Juárez, Chihuahua.



Carlos Arenas Vázquez e Ignacio Arenas Vázquez

Colectivo Buscadoras de la Frontera, Nogales, Sonora.

Buscan a su hermano Juan Alonso Arenas Vázquez, desaparecido el 1 de diciembre de 2019 en Nogales, Sonora.

Cirilo Díaz del Ángel

Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos en Coahuila y México (FUNNDEC), Tamaulipas.

Busca a su hijo Cirilo Iván Díaz Ventura, desaparecido el 29 de septiembre de 2010 en Piedras Negras, Coahuila.

Clemente Rodríguez Moreno

Ayotzinapa, Guerrero.

Padre de Christian Alfonso Rodríguez Telumbre, estudiante de la Normal Rural Raúl Isidro Burgos, desaparecido el 26 de septiembre de 2014 junto con otros 42 de sus compañeros, quienes fueron desaparecidos forzosamente por agentes de seguridad de todos los niveles del Estado.

José Luis Reyes Cortés

AFADEM, Atoyac de Álvarez, Guerrero.

Buscó a su papá Roberto Reyes Piedra, desaparecido por el Ejército en 1974 durante la represión político-militar del terrorismo de Estado. Durante la realización del taller, aún no localizaba a su padre. Sin embargo, meses después, el 24 de octubre, en una diligencia en Coyuquilla, Guerrero, se realizó la exhumación de dos cuerpos de los que se espera la identificación. Se tiene la esperanza de que pertenezcan a su padre y el hermano de éste.

Javier Barajas Barrera

Buscador independiente, Guanajuato.

El 29 de febrero de 2020, su hija, Guadalupe Barajas Piña, fue desaparecida y posteriormente localizada el 18 de octubre de ese año en una fosa en Salvatierra, Guanajuato. Ante la desaparición de Guadalupe, su otro hijo, Javier Barajas Piña, se integró a la Comisión de Búsqueda del Estado de Guanajuato y fue asesinado el 29 de mayo de 2021.

Carlos Moreno Zamora

Buscador independiente, Ciudad de México.

Padre de Jesús Israel Moreno Pérez, estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, desaparecido el 8 de julio de 2011 en Chacahua, Oaxaca.

Melchor Flores Landa

Buscador independiente, Tecamac, Estado de México.

Busca a su hijo Juan Melchor Flores Hernández, conocido como el “Vaquero Galáctico”, desaparecido el 29 de febrero de 2009 en Monterrey, Nuevo León. Fue desaparecido forzosamente por policías estatales.

Jesús Guadalupe García Hernández

Uniendo Esperanzas, Estado de México.

Busca a su hija Reyna Karina Sanromán Aguilar, desaparecida el 8 de diciembre de 2012 en Tlalnepantla, Estado de México. Reyna es madre dos niñas que siguen esperándola.

Gerardo Miguel Ramírez Rivera y sus hijos José Carlos Ramírez Chaufón y Eduardo Gabriel Ramírez Chaufón


Colectivo Hasta Encontrarles, Ciudad de México.

Buscan a Ángel Gerardo Ramírez Chaufón, desaparecido el 29 de noviembre de 2019 junto con dos compañeros de trabajo, Leonel Baez Martínez y Jesús Armando Reyes Escobar, en Montevideo esquina Pernambuco en la colonia Lindavista, Ciudad de México.

Juan Carlos y Miguel Trujillo Herrera,

Enlaces Nacionales, Ciudad de México.

Buscan a cuatro de sus hermanos: Raúl y Jesús Salvador, desaparecidos el 28 de agosto del 2008 en Atoyac de Álvarez, Guerrero,



con cinco de sus trabajadores; y a Gustavo y Luis Armando, desaparecidos junto con un primo y un sobrino, el 22 de septiembre de 2010 en Poza Rica, Veracruz.

José Luis Ruiz Orozco

Colectivo Colibrí, Tlalnepantla, Estado de México.

Busca a su hijo, Juan Carlos Ruiz Valencia, policía federal desaparecido junto con otros seis de sus compañeros y un civil, por un grupo criminal el 16 de noviembre de 2009 en Zitácuaro, Michoacán. El 29 de abril de 2026, el Estado mexicano pidió disculpas públicas a las familias.

Ismael Arce Flores

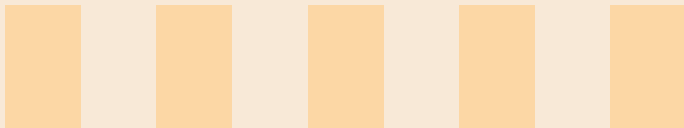
Buscador independiente, Acapulco, Guerrero.

Buscó a su hermano Alberto Arce Flores, desaparecido forzosamente por policías municipales en colusión con un grupo criminal local el 7 de marzo de 2013 en Iguala, Guerrero. Después de trece años de búsqueda, en una diligencia de macrobúsqueda efectuada en Taxco, en noviembre de 2025, el cuerpo de Alberto fue localizado en una fosa clandestina e identificado en febrero de 2026. Fue restituido a sus familiares a inicios de marzo de ese año.

Adrián Ciriaco Salvador

Buscador y solidario independiente, Ciudad de México.

Busca a su hermana Susana, quien desapareció el 16 de marzo de 1992 en la Alcaldía Gustavo A. Madero. Susana tenía quince años, salió de la secundaria para dirigirse a casa, pero nunca llegó. Adrián también busca a Teodulfo Torres Soriano, desaparecido el 24 de marzo de 2012 en la Ciudad de México, luego de ser testigo de la ejecución extrajudicial de su amigo y activista Juan Francisco Kuykendall, en las inmediaciones de San Lázaro, en la manifestación en torno a la toma de protesta de Enrique Peña Nieto como presidente, el 1 de diciembre del 2012.





III.

Emoción vs. razón: pensamiento dicotómico como organizador social

Durante el taller, un buscador expresó: “los hombres piensan, las mujeres sienten”. Este razonamiento dicotómico no sólo introduce diferencias entre géneros; es una lógica que establece cierta jerarquía de superioridad de los primeros sobre las segundas. Dicho argumento, como se reflexionó en el espacio, es engañoso al menos en dos vías. En primer lugar, las emociones son el motor que moviliza a todas las personas que salen a buscar a sus familiares, independientemente del género; incluso ellos mismos durante el taller aludían a las emociones articulándolas con su lucha, como lo manifiesta este testimonio de un asistente: “si estoy aquí y hago esto es por amor, es la fuerza más grande del universo y es lo que me mantiene”. El entramado emocional potencializa su agencia, por lo tanto, tiene un carácter político. Así se observa también en

el siguiente testimonio de un padre de uno de los 43 estudiantes de Ayotzinapa, Don Mario, padre de César Manuel González, a casi una década de lucha:

La esperanza sigue y es grande. Mucha gente piensa que porque ya es mucho tiempo tenemos que dejarlos de buscar, o que el dolor tiene caducidad y el amor hacia un hijo tiene determinado tiempo y acaba. No. Nosotros vamos a seguir. El amor hacia un hijo nunca va a terminar, la esperanza nunca va a terminar, la tenemos a flor de piel (Centro Prodh, 2023).

En segundo lugar, tanto las emociones como los sentidos y el cuerpo, son registros productores de conocimientos que se gestan y maduran durante el trayecto de búsquedas. Es decir, no todo conocimiento atraviesa necesaria o exclusivamente por el razonamiento. De hecho, durante décadas, los debates feministas se han interesado en el estudio del cuerpo y las emociones como productores de conocimiento y movilizadores para la acción política.

“
El entramado emocional potencia su agencia, por lo tanto, tiene un carácter político.
”

En ese sentido, una crítica que han realizado al pensamiento dicotómico que divide e incluso fragmenta la realidad entre cuerpo-mente y razón-emoción, separación que introduce jerarquías al priorizar la razón sobre el cuerpo (Holland, 2007). Desde su crítica, es fundamental que se cuestionen los binarismos en los cuales se funda el pensamiento moderno occidental, universalista y normalizante de la ciencia dominante y, en el campo de las personas desaparecidas, del conocimiento técnico-científico.

En ese tenor, es justo hacer notar que, en su hacer constante, quienes buscan a sus seres queridos desaparecidos producen conocimientos corpóreo-sensitivos locales y situados que denomino *epistemologías de la búsqueda* y que, además, les han permitido sobrevivir en contextos de macro criminalidad y en territorios complejos que representan desafíos, no sólo en términos de seguridad, sino también, de desgaste físico-emocional.

Por lo anterior, aunque en su narrativa la mayoría de los hombres buscadores no privilegien, e incluso infravaloren el entramado emocional como potencia para la agencia, dicho entramado es un campo de disputa política que los empuja a pensar en cómo generar estrategias para la acción política que les permita, en algún momento, localizar a sus seres queridos. Esto tiene impacto en la organización de tareas asignadas por el orden sexogenérico, situación que se agudiza bajo la lógica del sistema patriarcal que establece determinados ordenamientos de género (Segato, 2003).

Foto cortesía Héctor Rodolfo Flores González, padre buscador.



En la población buscadora, a las mujeres se les asigna y asumen roles orientados a la reproducción social y el trabajo de cuidados, los cuales se extienden durante el quehacer de búsqueda y que son trabajos no remunerados:

Al contribuir a la producción y reproducción del capital sin remuneración económica, las mujeres se encuentran en una situación de violencia estructural dentro del sistema patriarcal imperante en la entidad, porque se justifica su desigualdad y se minimiza su aporte a la reproducción social [...] En este sentido, es importante rescatar la búsqueda de personas desaparecidas como un trabajo de cuidados no remunerado que reproduce un sistema de desigualdad estructural en contextos de las nuevas guerras [...] (Domínguez, 2024, p. 19).

Lo anterior se debe en parte a que particularmente la figura materna asume el trabajo de cuidados como un aspecto esencial de su identidad. Sin embargo, la paradoja radica en el hecho de que, en cierta medida, dota de sentido a su existencia y ordena su vida cotidiana, a la vez que las posiciona dentro de un sistema de opresión. El orden patriarcal impone el “deber ser” a los hombres buscadores a través de mandatos de masculinidad que les asignan roles y les demandan responder a determinadas exigencias sociales.

Así, a los hombres buscadores se les presiona y se espera de ellos que en todo momento sean fuertes y demuestren entereza (características asociadas a la masculinidad, en contraposición con la debilidad y el sentimentalismo, asociados a lo femenino), incluso frente al sufrimiento causado por la devastadora situación que atraviesan. De esta manera se enseñan a reprimir expresiones como es llorar en público (algunos buscadores comentaron que lloran mientras se bañan), y se obligan a sí mismos a aislarse o a buscar momentos y espacios íntimos para desahogarse, en la mayoría de las ocasiones en silencio y solitariamente.

No obstante, la censura de su vivencia emocional (normal ante una situación anormal como la desaparición) produce una acumulación de malestares subjetivos que, al no ser nombrados ni validados socialmente, terminan por materializarse en afectaciones corporales. Por ejemplo, el cansancio de callar lo que sienten, como me lo compartió hace años un buscador: “estoy cansado de ser el fuerte; quiero llorar, quiero gritar”; o permitirse, por momentos, ser frágiles y vulnerables: “siente uno que la vida se le derrumba”.

La negación para permitir y reconocer la fragilidad masculina es una especie de castigo en contextos donde los hombres tienen que demostrar su potencia frente a otros hombres: “El llanto y la vulnerabilidad [...] son signos de debilidad o fragilidad, más aún, en escenarios bélicos donde los poderes criminales imponen su ley a través de la producción de masculinidades hiperviolentas que, para demostrar su potencia de control y dominación, tienen prohibido sentir compasión o respeto por la vida de los otros” (Ramírez, 2025). La presión de responder a mandatos socioculturales del “deber ser hombre”, de estar a la altura de las expectativas, termina por enfermar el cuerpo y el alma de las personas sufrientes:

Foto cortesía Ignacio Arenas,
hermano buscador



[...] la relación hombre-masculinidad se configura como un aspecto crucial de la identidad de quienes se asumen dentro del umbral de la masculinidad, la cual se vive en un continuo tránsito de mantener, sostener, ostentar, demostrar y comprobar que “se es hombre” con todo lo que ello implica, ante sí mismo, ante las mujeres y ante otros hombres (Mateo Cruz, 2025, p. 46).

Más específicamente, para quienes son padres, los moldeamientos normativos les demandan ser protectores, proveedores y figuras de autoridad. En ese sentido, varios de ellos experimentan un sentimiento profundo de culpa por no haber sido un “buen padre”, ya que “fracasaron” o “fallaron” en el cuidado de la vida de sus hijas e hijos para evitar que fueran desaparecidos, interpretación que, además de torturarlos psicológicamente al adjudicarse la responsabilidad, disminuye la del Estado, cuya función es garantizar la seguridad de los habitantes dentro de su territorio. Los siguientes testimonios dan cuenta del sentimiento de culpa: “¿cómo lo voy a salvar? Pude salvarlo de una grave enfermedad, pero esta vez no pude hacer nada para salvarlo”.

“
He logrado encontrar algunos con vida, otros sin vida... ¿y a mi hija cuándo?
”

Me siento responsable de la desaparición de mi niña porque cuando mi niña desapareció yo tenía gripa, estaba malo de la garganta. Mi niña sueña o soñaba con ser veterinaria. El domingo se acercó a un lado mío y me inyectó, el lunes amanecí un poco mejor y ahí estaba mi niña. Llegó el martes, yo ya estaba mucho mejor y le dije a mi niña que se fuera a la escuela. Mi niña me dijo: “no quiero ir, viejito, me quiero quedar a cuidarte”. Le dije: “no mija, váyase a la escuela”. Mi niña era campeona de ajedrez en Ciudad Juárez, venía el concurso estatal; le dije: “váyase a la escuela mija, viene el concurso estatal”. Mi niña volteó y me miró molesta y me dijo: “viejito, es que yo no me quiero ir, yo me quiero quedar a cuidarte”.

y le dije “váyase a la escuela”. Siempre llevaba a mi niña a la escuela y ese día me dijo: “¿quién me va a llevar?” Le dije: “son las 12 del día, ¿qué te puede pasar?”. Y desde ese martes 19 de mayo no he vuelto a ver a mi niña. Hemos encontrado muchos restos, hemos encontrado personas con vida, y cuando encuentro una persona desaparecida con vida, una jovencita, un jovencito y me abrazan y me dicen gracias, en mi cabeza empieza a dar vuelta un carrusel de emociones. He logrado encontrar algunos con vida, otros sin vida... ¿y la mía cuándo?

Incluso hay quienes, por darle educación a sus hijos con todo el esfuerzo económico que eso significa, por apoyarlos en su proceso hacia una vida con mejores oportunidades, se sienten culpables:

A veces hasta me siento culpable porque la vida que nosotros llevábamos, tener porquerizas, tener gallinas y darle una educación a mis hijos...tengo tres hijas, y de todo ese esfuerzo que hemos hecho yo y mi esposa, a mis hijas las metí en una escuela particular. No teníamos dinero, y me dice mi hijo: “oye papá yo quiero ir a Chilpancingo, a la Centenaria”. Era un gasto muy fuerte y le dije a mi hijo: “pide este año y te metemos a una escuela particular” y se metió a la Normal. Y a veces por esa parte me atormento día con día, no puedo estar en paz.

Es común que el sentimiento de culpa también se manifieste en quienes, por razones de actividad política, han perdido algún amigo por desaparición forzada. Tal sentimiento de culpa está ligado a la responsabilidad por la vida del compañero de lucha, y se presenta a modo de paternaje al no haber tomado las medidas de seguridad necesarias, incluso siendo conscientes del contexto de represión y violencia sociopolítica que se vivía en una época particular en el país. Así, ante la impunidad y a falta inmediata de los perpetradores, suelen autoinfligirse una especie de castigo con culpabilizarse por no haber sabido cuidar del otro.



José Luis Castillo. Camila Ayala Benabib / Cuartoscuro

Es una forma de tortura psicológica que debe considerarse parte de los daños y trabajarse redireccionando el sentido atribuible de la culpa a los responsables de dicho crimen. De esta manera, entendemos la culpa como una modalidad del trauma ante una experiencia límite a causa de la violencia extrema: “Puede hablarse de culpa traumática como aquella que se asocia a una experiencia extrema que vive la propia persona o una persona cercana, con amenaza grave a la integridad física o psicológica y que constituye sin duda el peor factor pronóstico dentro de la historia natural del trauma” (Pérez-Sales, 2011, p. 17).

Ahondando un poco más en los moldeamientos normativos asignados a la masculinidad, algunos buscadores expresan sentir presión y responsabilidad ante las exigencias sociales y familiares de ser quienes tienen que resolver o solucionar los problemas familiares: “me ven como un ejemplo, como un líder a quien acuden cuando tienen un problema o necesitan un consejo”. Este testimonio es el de un buscador que ocupa el lugar de hijo menor de tres hermanos, quien, ante la ausencia de un hermano desaparecido y la muerte de



Foto cortesía Miguel Trujillo, hermano buscador.

su madre por cáncer, las dos grandes figuras de su núcleo familiar, tuvo que asumir las riendas del “tren que se estaba descarrilando”. Así, no sólo tuvo que hacer frente a situaciones dramáticas ante la ausencia por desaparición y la muerte por enfermedad, sino por la pérdida de quienes representaban el sostén familiar, lo que le ha provocado un sentimiento de soledad y lo ha llevado a adquirir nuevas responsabilidades y preocupaciones.

Él mismo se autorrefiere como un hombre hogareño, cariñoso, a veces “hasta ridículo”, características que, en un contexto sociocultural machista, le han costado varias críticas sociales, pues menciona que la mayoría de los hombres en la cercanía de su localidad, no se hacen cargo de los hijos, se van a tomar alcohol con sus amigos, llegan de madrugada a sus hogares y no les permiten salir a sus esposas. Por ello, menciona: “los hombres que son hogareños son señalados de mandilones, le caes mal a la sociedad”. Tal situación ha provocado que

prefiera aislarse: “prefiero estar solo a ser señalado, a ser juzgado, a ser comidilla de la gente: ahí viene el mandilón, ahí viene regañado. A la gente le molesta que quieras ser una persona de bien. También, cuando hablan bien de ti puede ser contraproducente porque te agarran envidia o coraje, sobre todo cuando son hombres”.

En contextos donde prima el modelo de hombre con rasgos machistas, misóginos y donde el consumo de alcohol y drogas es persistente (los cuales pueden exacerbarse en contextos de hiperviolencia criminal), los hombres afectivos y cuidadores no encajan con lo que se espera de ellos, con el “deber ser” para ser parte de un determinado grupo social; por el contrario, representan un desacato al orden patriarcal. En relación con esto, Segato⁴ señala: “El mandato de masculinidad exige al hombre probarse hombre todo el tiempo; porque la masculinidad, a diferencia de la feminidad, es un estatus, una jerarquía de prestigio, se adquiere como un título y se debe renovar y comprobar su vigencia como tal” (2018, p. 42).

Una manera de desmontar dichos mandatos es repensar nuestro quehacer como acompañantes ante este tipo de situaciones complejas desde una mirada comprensiva que contribuya a realizar intervenciones que eviten reproducir y enquistar determinados estereotipos de género. Antes bien, promover reflexiones que inviten a la fragilidad, a la vulnerabilidad en espacios colectivizados, para que no enfrenten los miedos y el dolor en soledad y aislamiento, sino de forma acuerpada como una dimensión de cuidados colectivizados. Para ello, es importante tener en consideración los aportes de los debates feministas que apuntan a *desnaturalizar* y *desecencializar* las diferencias de género (Lutz, 1986) que establecen funciones normativas y jerárquicas en torno al “deber ser” de mujeres y hombres.

⁴ La autora identifica seis tipos de potencia masculina que asigna dicho estatus, tal jerarquía de prestigio y que deben ser construidas, probadas, exhibidas y espectacularizadas: sexual, bélica, política, económica, intelectual y moral. (Segato, 2018, p. 46).



IV. Enfrentar los diversos impactos mientras cuidan

Como se ha planteado, el pensamiento dualista de alguna manera también incide al designar cuáles cuerpos y subjetividades tienen permiso para dolerse y cuáles deben callar los malestares que provoca la violencia extrema. Así, en algunos hombres buscadores se instaura una especie de descuido, invalidación, autonegación y silenciamiento para hablar de los impactos psicoemocionales y corpóreos que los habitan: “nadie habla de cómo nos estamos consumiendo por dentro, del desgaste”; “nos volvemos invisibles, nuestro sufrimiento como hombres, lo que llevamos los padres, poca gente lo sabe”.

Lo anterior debido a que, por un lado, ellos mismos devalúan o infravaloran los impactos, pues abordarlos es visto como “paja”,

“

debilidad o algo en lo que no vale la pena detenerse a pensar o sentir, porque lo importante es “pasar del pensamiento y las palabras a la acción concreta”. Lo cierto es que ambos campos no se excluyen, sino que dialogan en la experiencia. Y, por otro lado, consideran que hablar de “cómo están” es ponerse en el centro o en primer plano, y ese lugar le corresponde a sus seres queridos desaparecidos y a las acciones de búsqueda.

Los hombres buscadores consideran que hablar de “cómo están” es ponerse en el centro o en primer plano, y ese lugar le corresponde a sus seres queridos desaparecidos y a las acciones de búsqueda.

”

Esto genera una *nube gris* que borra o niega los daños y dificulta, además, nombrar, localizar, reconocer y validar nítidamente los impactos que se generan en torno a la búsqueda, su registro, entendimiento y atención. Aquí vale la pena mencionar que abordar los daños desde un enfoque de género y un esquema de cuidados puede fungir como un soporte para contribuir a que su lucha sea sostenible en el tiempo, ya que ellos también necesitan cuidados y eso no disminuye su masculinidad.

La identidad política de los buscadores en tanto masculinidades capaces de agencia no es fija ni está cristalizada; antes bien, es dinámica y se transforma en el tiempo y con las experiencias. Dicha identidad política y los procesos subjetivos se afectan mutuamente; hay un diálogo estrecho entre lo político y lo subjetivo. Las necesidades reales y concretas para buscar están ligadas a los daños y las herramientas que adquieran y desplieguen para afrontar la situación límite que impone la violencia extrema que conlleva afectaciones devastadoras en todos los ámbitos de la vida. Como ellos



Foto cortesía Héctor Rodolfo Flores González.

mismos lo reconocen: “la desaparición nos acabó física, mental, económica y socialmente”. Antes de avanzar, es fundamental no perder de vista la estrecha relación entre vulnerabilidad y cuidados. Este cruce se intensifica en poblaciones que subsisten en condiciones de precariedad, expuestas a múltiples violencias y, por lo tanto, en altos niveles de vulnerabilidad, como son las personas buscadoras.

En la mayoría de los casos de personas buscadoras esas condiciones son de precariedad, que, siguiendo a Butler (2010), es políticamente inducida. Esto es más evidente en poblaciones que están sujetas a la violencia del Estado producidas, toleradas o permitidas por éste. Por lo tanto, la asignación desigual de la precariedad de la vida, que se maximiza para unos y se minimiza para otros, produce vidas que importan y vidas que no importan; aquellas que merecen vivir y aquellas que no. De esta manera, se gestan las condiciones que favorecen que tales vidas sean producidas víctimas.

Tras señalar lo anterior, regresando a la relación entre vulnerabilidad y cuidados, todas y todos necesitamos del cuidado mutuo. Cuidar de otros y, a la vez, ser cuidados es, por lo tanto, una tarea de responsabilidad, de ida y vuelta. Así, se establecen interrelaciones y dinámicas de interdependencia que cuestionan la noción del sujeto

liberal que, bajo dicha racionalidad, se posiciona en el mundo en tanto sujeto individualista, autosuficiente, centrado en sí mismo, en la necesidad de competición, ya que no necesita de los demás.

Las teorías feministas de la vulnerabilidad enlazan críticamente con la deconstrucción de las categorías políticas clásicas por su dimensión androcéntrica y patriarcal al concebir a los actores sociales como individuos, abstractos, independientes, racionales, auto-interesados, descorporalizados y no singulares. Esta ontología liberal se ha mostrado despreocupada por las relaciones, los vínculos, la responsabilidad, la interdependencia, los trabajos de cuidados y la reproducción. El foco de las teorías feministas de la vulnerabilidad se centra en apuntar hacia una nueva ontología social y política relacional, interdependiente e igualitaria, que muestra a los seres humanos como seres vulnerables y dependientes, que necesitan mecanismos de sostenibilidad para pervivir. Mecanismos en parte institucionalizados, social y políticamente, en la estructura social, que generan una distribución diferencial de la vulnerabilidad. Así, se parte de una concepción dual de la vulnerabilidad: vulnerabilidad como condición existencial y vulnerabilidad como proceso de negación de los soportes necesarios para garantizar una vida vivible, habitable o digna. (Sales Gelabert, 2021, p. 2).

Los cuidados son una vía para la construcción de vínculos que protejan y sostengan la vida frente a contextos de violencias y pérdidas cotidianas que nos colocan de cara frente a la fragilidad, el abandono, el aislamiento y la soledad. “El cuidado es, por su propia naturaleza, un concepto asociado estrechamente al de vulnerabilidad, referida no sólo a las personas necesitadas y receptoras de cuidado, sino también a las condiciones en las que las personas cuidadoras ejercen y proveen esos cuidados” (Gracia Ibáñez, 2022, p. 182).

En ese sentido, la vulnerabilidad no debe ser entendida como un estado del ser pasivo, victimista o paralizante, anudada de manera

intrínseca a formas de paternalismo que opera bajo un modelo político de control, dominación y de poder; por el contrario, es un estado clave para activar la agencia y la acción política.⁵ En este tenor, Butler, Gambetti y Sabsay (2016) nos invitan a deshacer la dicotomía que crea una oposición entre vulnerabilidad y resistencia. Por un lado, concebir la vulnerabilidad como un ámbito de parálisis e inacción; y, por otro lado, la resistencia como un ámbito de movilización y agencia. Contrario a ello, plantean que la vulnerabilidad es una característica de la resistencia.

“
Los cuidados son una vía para la construcción de vínculos que protejan y sostengan la vida frente a contextos de violencias y pérdidas cotidianas

”
Otro aspecto para tener en consideración en este debate es que, si bien los cuidados contribuyen a hacer frente a la vulnerabilidad, también producen nuevas formas de desigualdad respecto a cuáles son los cuerpos y las vidas responsables de realizar determinados cuidados. Como ya se mencionó anteriormente, ante procesos sociales y estructurales de distribución desigual de la precariedad y la vulnerabilidad, “[...] sitúan a determinados grupos en una posición de privilegio y otros en una subalterna; de opresión y dominio” (Sales Gelabert, 2021, p.2). Tal estructuración jerárquica también asigna los cuidados a las personas subalternas al ser actividades consideradas de bajo valor, invisibilizadas e infravaloradas:

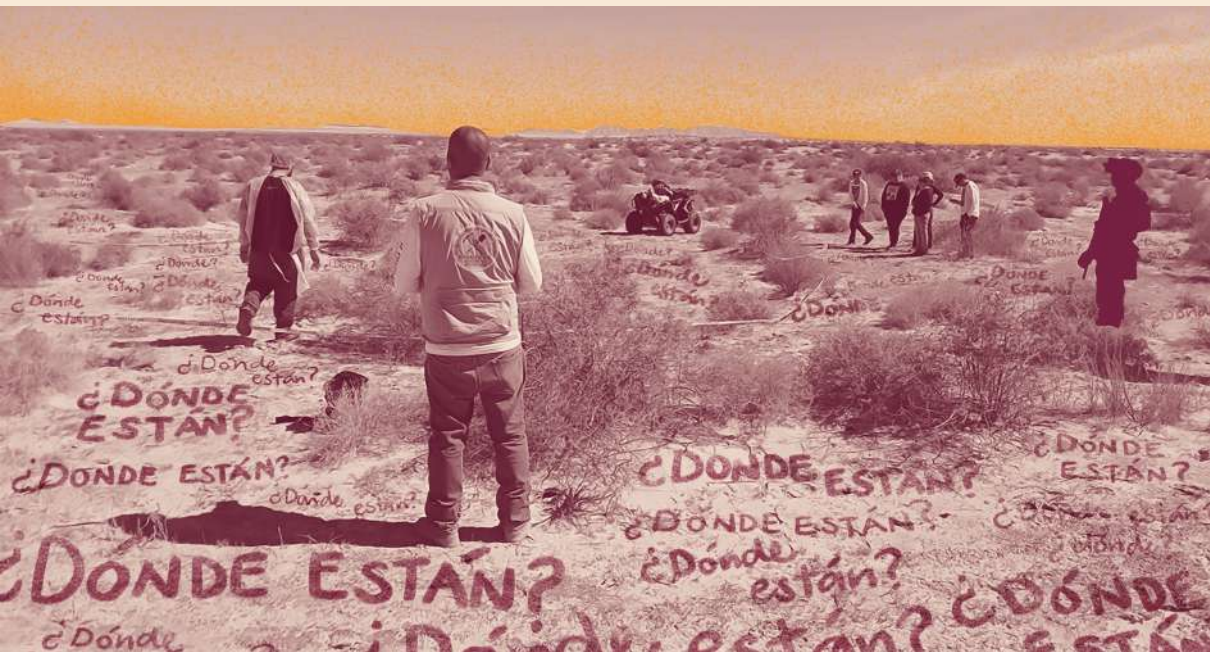
En definitiva, los trabajos de cuidados, como actividades consideradas marginales y de escaso prestigio social, se atribuyen a

5 Si bien la acción política es una característica de la resistencia, enfatizamos que no debe sustituir las obligaciones del Estado, tanto en su responsabilidad para buscar a las personas desaparecidas, como para garantizar la protección integral de las personas buscadoras.

grupos alejados de esta concepción (neo)liberal de ciudadanía, como trabajadores/as migrantes o mujeres (y algunos hombres cuidadores) que se colocan así en la posición de meros complementos de ciudadanos. En el caso específico de las mujeres, esa asignación subalterna se hace desde una supuesta normalización y naturalización de estas tareas por razón de género que es en realidad una construcción social que simplemente se ha mostrado eficiente para el mantenimiento de esta situación injusta (Gracia Ibáñez, 2022, p. 183).

A continuación, se exponen principalmente los daños psicoemocionales, a la salud, la economía y el núcleo familiar identificados en los hombres buscadores, en su cruce con algunas implicaciones con los cuidados. Aunque las afectaciones se organizan para su abordaje de manera separada, cabe mencionar que se trastocan, coexisten y dialogan mutuamente. Además, no son estáticos; se intensifican, profundizan, pueden disminuir por momentos e incluso, dinamizarse y originarse nuevos ante hallazgos de alto impacto.

Foto cortesía Carlos Arenas, hermano buscador.



Afectaciones psicoemocionales

Dentro de lo que los buscadores identificaron como daños psicoemocionales, refirieron experimentar algunas: coraje, tristeza, angustia, enojo, impaciencia, desesperación, impotencia y miedo, no sólo respecto a las situaciones de riesgo, sino también, miedo a la muerte, principalmente a morir sin encontrar a sus familiares desaparecidos. Mencionaron el sufrimiento de “encontrar y de no encontrar” y el dolor ante los hallazgos en las búsquedas en campo y, quienes son padres, de enfrentarse a la devastación de sepultar a sus hijas e hijos amados:

Un dolor muy grande que siempre voy a tener es que no estamos preparados para sepultar a nuestros hijos. Yo siempre decía: “¿qué va a ser de mis hijos cuando yo muera?, van a estar solitos. ¿Cómo van a resolver el problema de que me den sepultura?”. Cuando en realidad me tocó sepultarlos a ellos.

También, manifiestan malestares psíquicos, como pensamientos intrusivos y reiterativos que provocan pensamientos suicidas o trastorno de sueño: “no dormimos de tanto pensar”; estrés crónico, depresión. En varios de los casos, ellos son quienes asumen los elevados costos de recibir atención especializada, como consultas psiquiátricas y medicamentos necesarios para estabilizarse, situación que presenta grandes desafíos: cuidar de otros a la par que ellos mismos están mal en todos los ámbitos de su integralidad. Un buscador denominó a este estado como una “descomposición emocional”:

Cuando recién pasa la desaparición, estás en el espacio sin estar, oyes sin escuchar, disciernes sin comprender cosas. Te frustras, de repente te enojas, puedes estar contento y en dos segundos estar enojado. Perdemos los sueños...a mí me pasó sen-

tirme responsable por la desaparición de mis hermanos y, sumado a eso, cohibirte de hacer cosas, como no poder ver la televisión, salir, divertirte; pasas una etapa muy complicada, te pierdes hacia adentro. Y pasando esa etapa, a mí lo que me ha ayudado a volverme a reintegrar fue esconderme de mí, no verme para que no me duela y más bien enfocarme en los demás, eso es algo que a todos nos pasa. Esa sería la descomposición.

Si bien el aspecto relacional y mirar a otros en el ámbito de las búsquedas es relevante, esconderse de sí mismos y colocar a otros en el centro, es un mecanismo de defensa que funge como anestesia

“

Yo siempre decía: “¿qué va a ser de mis hijos cuando yo muera?, van a estar solitos. ¿Cómo van a resolver el problema de que me den sepultura?”. Cuando en realidad me tocó sepultarlos a ellos.

”

no quería hablar con nadie, caminaba como sonámbulo, la gente me hablaba y me decía “oye te encontré en tal lugar y no me hablaste”, a toda la gente le empecé a agarrar rencor”.

emocional para evitar experimentar estados anímicos “negativos”, como sentirse débiles o frágiles: “ya no te ves a ti mismo, solo piensas en función de los otros”. Sin embargo, bloquear la fuga del entramado emocional que se desborda en el interior no favorece procesos de reajuste psicoemocional, física o socialmente, ya que, como muestra el siguiente testimonio, la vida social también queda trastocada ante la violencia extrema, la incertidumbre de la ausencia y la impunidad rampante: “después de lo sucedido yo

Centrarse en acompañar procesos de otras personas buscadoras de manera individual y colectiva es una forma de: “huirle a la herida, huir de estar con lo tuyo. Yo hablo por las personas, por sus necesidades y exigencias, sus derechos, pero soy muy malo para hablar



... tiempo. Pad-
... agencia o otros actores
... de no solo
... cadentes es más
... los que han osado
... de su familia.

A partir de escuchar y reconocer la presencia de
... posible construir una radiografía social de los patrones
... de violencia sistémica que constituye la
... obtenemos explicaciones en términos
... respecto a los servicios de
... generación al interior de los núcleos
... económicas y las formas de cómo
... se actúa en esta experiencia de
... Tanto, se agencian en la
... que son complejas basadas
... al transferir en espacios rurales
... que, para lograr la deidad de
... sociocultural es el cual ha traído
... irreversible. Ese factor es silencioso
... sistema político el establecer de
... punto de masculinidad o punto de
... dependen o "ser hombre", las aspi-
... raciones sociales de lo que se espera de
... reconocer algunos ejemplos de cómo
... no ser protector, proveedor y
... no haber protegido o no
... o sobrevivir por interce-
... los económicos, han p-
... salud. Asimismo, no
... en condiciones fuertes,
... con acceso
... servicios de
... pros de q

Foto cortesía Carlos Arenas, hermano buscador.

por mí. Le tengo miedo a hablar de mis hermanos desaparecidos, a hablar de mis necesidades; le tengo miedo a la negativa, a hablar de una necesidad y que sea mal entendida”.

Otro tipo de afectación psicológica es que, como buscadores, donde quiera que estén, así sea en espacios mínimos de esparcimiento en familia, tienen en la mente activado el “modo alerta” del verbo buscar: “es un penar tan fuerte, tan grande que no podemos andar en paz. Hasta cuando salimos de paseo con nuestros otros hijos queda el gusanito de andar figgoneando en las bolsas negras, nomás andas viendo, andas buscando”. Hay casos en los que los niveles de estrés y presión son tan altos que los lleva a padecer enfermedades que merman su autoimagen, su autoestima. Así lo muestra el siguiente testimonio:

Estaba destrozado por la desaparición, humillado por las autoridades, con una impotencia y frustración de no saber, de cómo poder ayudar a mi hermano desaparecido. Tuve altos niveles de estrés por las enfermedades al interior de la familia, por tener recursos económicos debilitados, gastos y deudas, frustración de no saber nada de mi familiar desaparecido. Llega un punto en que el cuerpo dice “hasta aquí llegaste” de tanto aguantar, callar, tragar. Comienzan a aparecer problemas en la piel, en el cuero cabelludo, me diagnosticaron alopecia areata. Esto tuvo afectaciones en mi estado anímico, en mi autoestima; recibía críticas de la gente, sus miradas viéndote como cosa rara, viéndote, criticándote.

Asimismo, los buscadores que son padres identifican impactos en sus hijos jóvenes que están activos en la búsqueda de un hermano. Dentro de lo que refirieron, se encuentran cambios en los proyectos o planes de vida, por ejemplo, dificultades para terminar sus estudios y seguir un camino de profesionalización. Así lo expresa un padre: “tienen derecho a ser felices, a hacer lo que su sentir necesite, aunque la tristeza por su hermano desaparecido siempre esté presente”.

Dentro de las manifestaciones físicas que expresan el shock por la desaparición, identificaron ensimismamiento; es decir, estar demasiado pensativos, quedarse viendo hacia el piso, como “idos” y con los puños cerrados; quedarse en silencio durante demasiado tiempo (semanas o meses), desorientación tiempo/espacio, por ejemplo, al ponerse en riesgo al transitar las calles distraídamente. También periodos de comportamiento infantil; es decir, regresiones a la etapa de infancia, como hacer chistes y reírse de forma infantil. Todas estas manifestaciones corporales dan cuenta de las afectaciones a la psique derivadas del hecho traumático y de la ausencia de una figura de apego tan cercana como la establecida entre hermanos que llevan una relación cercana.

El padre buscador mencionó que ver a su hijo así le dolía porque no tenía idea de qué hacer. Las personas buscadoras no tienen las herramientas necesarias

para acompañar a sus hijos; hacen lo que pueden con lo que tienen, en este caso el padre, desde el amor por sus hijos, activó estrategias de soporte de cuidados; sin embargo, no es responsabilidad de las familias tener herramientas o capacidades para actuar en estos casos. Es necesario contar con instituciones que, desde un esquema de acompañamiento psicológico, atiendan las necesidades en cada caso y de manera diferenciada por grupos de población.

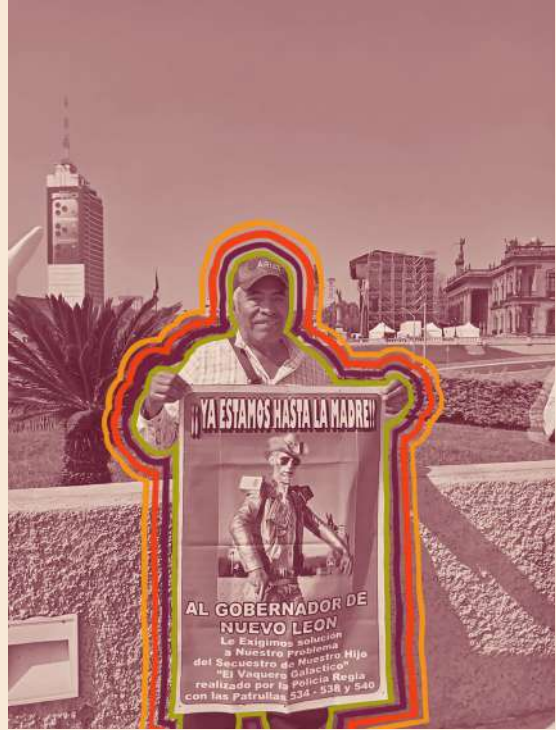


Foto cortesía Melchor Flores, padre buscador.

“
Las personas buscadoras no tienen las herramientas necesarias para acompañar a sus hijos; hacen lo que pueden con lo que tienen.

”

decir, experimentaron las afectaciones al acompañar otros casos de víctimas de represión en un contexto de violencia sociopolítica. Un buscador compartió una anécdota: “en una ocasión tuve un intento de ser detenido por policías, y yo sabía que no debes permitir que te suban a la patrulla porque te van a desaparecer, que debes estar alerta porque esta gente desaparece, esta gente no está para cuidar”. Hay una lectura previa de los actos de violencia, imaginarios ante la posibilidad real de ser víctimas de desaparición forzada derivada de su actividad política en un país donde se ha documentado que agentes de seguridad del Estado de diferentes niveles han cometido desaparición forzada de personas.

Por su parte, para buscadores que son activistas o militantes de causas sociales, impactos como el miedo, el insomnio o la preocupación, los experimentaron antes de la desaparición directa de un compañero de lucha. Es

Afectaciones a la salud

Los daños emocionales y psicológicos están íntimamente ligados a las enfermedades; el deterioro en un ámbito repercute en los otros. Algunas enfermedades aparecen a partir del evento de violencia extrema; en otros casos, las enfermedades se agudizan o cronifican con el paso del tiempo. Los hombres en búsqueda señalaron las modificaciones o alteraciones en el estilo de vida cotidiana, incluyendo hábitos de cuidado del cuerpo al volcarse en la localización de sus familiares. Es decir, las implicaciones que tiene para el cuerpo participar continuamente en diligencias, acciones públicas como plantones, marchas, caravanas y brigadas; todo ello en el abandono institucional:

[...]el cuerpo es un fenómeno social; es decir, que está expuesto a los demás, que es vulnerable por definición. Su persistencia misma depende de las condiciones e instituciones sociales, lo que, a su vez, significa que, para poder “ser” en el sentido de “persistir”, ha de contar con lo que está propiamente fuera (Butler, 2010, pp. 57-58).

Los buscadores que suelen efectuar con mayor sistematicidad búsquedas forenses, en terrenos baldíos o canales de aguas negras, padecen afecciones en las vías respiratorias, incluyendo daños en los pulmones por estar en espacios donde hay basura, sustancias tóxicas o animales muertos, así como incidentes con picaduras de insectos e infecciones cutáneas. Por ejemplo, un buscador expresó haber padecido desprendimiento de retina; si bien, tenía condiciones previas por astigmatismo, el desprendimiento terminó de darse por el estrés crónico ante la situación límite por la desaparición. Tal situación le dejó como secuela una visión distorsionada, lo que lo ha obligado a modificar su posición corporal durante las búsquedas y hacerlo de rodillas para poder ver lo que hay en la tierra. Estas condiciones de salud, incluyendo dolores de rodillas, tobillos, muñecas y espalda, que, en varios casos son síntomas de osteoartritis, se convierten en condicionamientos físicos que limitan la labor de búsqueda.

“

**Escuchaba a mi madre con cáncer decir “no me quiero morir sin encontrar a mi hijo”.
Mi mamá, siempre que llegaba a mi tierra, de [hacer] diligencias en México, se metía a su cuarto y llenaba de besos la foto de mi hermano desaparecido.**

”

Las enfermedades también han afectado a otros integrantes de sus núcleos familiares. Así, se han visto en la necesidad de realizar paralelamente labores de búsqueda y tareas de cuidado de sus



Foto cortesía Miguel Trujillo, hermano buscador.

enfermos, como llevarlos a hospitales para que reciban atención médica y acompañarlos anímica y moralmente en el trance de la enfermedad. En casos de enfermedades crónicas, por ejemplo, cáncer, cuya aparición es cada vez más frecuente, no sólo tienen que hacer frente a la presión económica de lo que implica costear la atención a una enfermedad grave y costosa, aunque intercalen la pública con la privada, sino también, ser un sostén anímico:

Escuchaba a mi madre con cáncer decir “no me quiero morir sin encontrar a mi hijo”. Mi mamá, siempre que llegaba a mi tierra, de [hacer] diligencias en México, se metía a su cuarto y llenaba de besos la foto de mi hermano desaparecido. Yo escuchaba en el otro cuarto sus lamentos; ella le lloró de la misma manera todos los años, besaba la foto de su hijo y le pedía perdón por llegar y no haberlo encontrado, le decía que nunca se iba a rendir. ¿Te imaginas, yo tener que darle ánimos? Muy duro.

La madre de este hombre buscador murió en 2021. Incluso cuando ellos mismos, como hombres buscadores, se enferman, mencionan: “así me voy a trabajar porque siempre hay otras cosas más importantes que yo mismo, siempre me he dejado al último para atender mi salud”. Dejarse hasta el último obedece a la lógica patriarcal del “aguante”, como si atender su salud no tuviera la misma importancia que la de los demás. Es relevante que todas y todos atiendan con la misma importancia sus malestares físicos y procuren su bienestar. Esta misma lógica es adoptada por varias de las mujeres que encabezan las búsquedas y el sustento al interior de sus familias. Los hombres buscadores, aunque no nombren ni reconozcan como tal el acto de cuidar, se involucran en las tareas del cuidado de los otros:

[...] al menos en el caso de mi familia, nosotros como hombres nos hemos convertido en el pilar de mi mamá y claro estoy de que muchos de ustedes, aunque no lo noten o no lo sientan, al final son el sostén de algo o de alguien, en un nivel más bajo, porque muchos



Foto cortesía Héctor Rodolfo Flores González, padre buscador.

navegamos en la parte más baja, por decisión, por inercia o por cariño hemos dejado que sea la figura de la mamá, una mujer.

Aquí cabe mencionar que el trabajo de cuidados⁶ no se reduce a tareas de trabajo doméstico, mayoritariamente asignado a las mujeres, sino que también incluye la realización de acciones de producción y reproducción social para la sostenibilidad de la vida. En ese sentido, las tareas de cuidado abarcan diferentes dimensiones: poner el cuerpo, tiempo, afectos, recursos materiales, incluso, sostener a otros moralmente.

6 Batthyány localiza la trayectoria de la conceptualización y abordaje teórico-metodológico de los cuidados en la región, en cuatro miradas analíticas, cada una enriquecida por ciertas disciplinas: (i) la economía del cuidado; (ii) el cuidado como componente del bienestar; (iii) el derecho al cuidado y (iv) la ética del cuidado: “una propia de la economía feminista, centrada en la economía del cuidado, una segunda más ligada a la sociología que coloca el debate en el bienestar social y en el cuidado como un componente del mismo. Una tercera mirada o abordaje que es cercano al anterior y que coloca el énfasis en la comprensión del cuidado como derecho y una cuarta que lo hace desde la perspectiva de la ética del cuidado que se sitúa más cercana a disciplinas como la antropología y la psicología social” (Batthyány, 2020, p. 14).

Para Batthyány, la especificidad del trabajo de cuidados está basada en lo relacional y abarca la provisión cotidiana del bienestar

“

Las tareas de cuidado abarcan diferentes dimensiones: poner el cuerpo, tiempo, afectos, recursos materiales, incluso, sostener a otros moralmente.

”

de los buscadores que toman su propio “cuerpo dolido” para hacer presentes a sus seres queridos ausentes a través de inscripciones simbólicas, como los tatuajes:

[...]un 29 de octubre me preguntaba, yo como padre, qué puedo hacer para que mi hijo sepa que lo ando buscando. A mí nunca me han gustado los tatuajes y me hice un tatuaje de una tortuga prehispanica con dos antenitas receptoras monitoreando, buscando a su hijo, donde un escudo protector como el de los vikingos anda protegiendo a su hijo, dos caracoles entrelazados donde padre e hijo se reencuentran.

Otro ejemplo de lo anterior son las prácticas de cuidado que extienden no solo hacia los vivos, sino también hacia los cuerpos muertos que encuentran en fosas, y las exigencias de trato digno hacia los cuerpos que están en resguardo de instituciones en espera de ser identificados, así como las promesas que hacen a los ausentes de regresarles a casa: “yo quisiera regresarle su hijo a mi mamá, queremos cumplir esa promesa también para mi hermano, encontrarlo y llevarlo a su casa”.

“

La muerte de mi amigo buscador tan cercana la viví, de una forma muy rara. No fuimos compañeros, fuimos cómplices de risa y broma en situaciones complicadas. Cuando falleció me dejó en una especie de orfandad social.

”

Algunos buscadores han enfrentado la muerte de otros integrantes de la familia o compañeros de lucha. En ambas situaciones y en contextos de violencia, vulnerabilidad y pérdida, es relevante explorar la sensibilidad masculina que se activa ante la pérdida por muertes, ya sea por enfermedades, accidentes o asesinatos de otros semejantes con quienes han andado el tortuoso caminar de la búsqueda durante años, ya que esto repercute no sólo en las racionalidades que se pierden, sino también en el estado anímico y físico de quienes sobreviven:

Estamos muriendo cansados, enfermos, se nos está acabando la vida. Los que se han ido murieron soñando un país diferente, una realidad distinta y que no se está logrando, me da mucha tristeza. Se murieron con la esperanza de que algo pudiera cambiar, entregaron su vida a una causa, a un proceso, a una creencia. La muerte de mi amigo buscador tan cercana la viví, de una forma muy rara. No fuimos compañeros, fuimos cómplices de risa y broma en situaciones complicadas. Cuando falleció me dejó en una especie de orfandad social.

La sensación de desamparo que se experimenta con cada muerte genera estragos dolorosos en una comunidad más extensa de personas buscadoras. Es urgente diseñar e implementar normativas y políticas públicas de cuidados y atención a las vidas de quienes integran esta población.

Daños a la economía en el núcleo familiar

Los hombres buscadores y sus núcleos familiares sufren pérdidas económicas derivadas de la desaparición. En el cruce de las afectaciones a la economía y la salud, se identifican los niveles de presión psicológica, estrés crónico y frustración generados por la urgencia de contar con los recursos materiales para hacer sostenibles las acciones de búsqueda, en muchos de los casos, a lo largo de los años. Señalaron un impacto en su economía al asumir los costos que demandan las diligencias, como alimentos y gasolina y/o transporte para sus traslados, ya sea a nivel local o interestatal, así como la adquisición de herramientas necesarias para las búsquedas y, como vimos en el apartado anterior, hacer frente a los gastos por enfermedades o funerarios.

Para sobrellevar las necesidades económicas, algunos gastan sus pocos ahorros y piden dinero prestado. A falta de recursos, incluso se ven imposibilitados para asistir a algunas búsquedas, o asisten a las búsquedas, pero pierden los ingresos de ese día. En la mayoría de los casos con quienes colaboramos para la elaboración de este documento,



Foto cortesía Miguel Trujillo, hermano buscador.

los hombres son la única fuente de ingresos en el hogar; en otros casos, derivan de los esfuerzos que hacen de manera conjunta con sus esposas: “cuando los hijos eran pequeños, yo tenía empleo y, además, junto con mi esposa, éramos comerciantes en tianguis, pero la mayor parte del tiempo ella se hacía cargo de estar en el puesto”. Con el paso del tiempo, el hombre que brindó este testimonio, y ya en condición de buscador, enfermó de Covid-19, y al faltar a su trabajo para hacer frente a la enfermedad, fue despedido sin finiquito, motivo por el cual, siguen sosteniendo la economía familiar con el trabajo en tianguis.

Un problema común al que se enfrentan quienes buscan es el despido laboral por faltar al trabajo para buscar a sus familiares. Aunque algunos han tenido la suerte de negociar permisos con sus jefes y han encontrado disposición para ausentarse un tiempo o adelantar trabajo y tener días libres, en varios casos han perdido el empleo, lo que los ha orillado a buscar ingresos para el sustento del hogar a través de empleos informales o autoempleo y negocios propios. Esta situación afecta directamente los ingresos en los hogares y los coloca en condiciones de desprotección de seguridad social y la falta de otras prestaciones de ley. El drama ante la desesperación que experimentan para poder buscar sin perder el empleo se ve reflejado en el siguiente testimonio:

Al momento de la desaparición de mi hermano, era empleado de una empresa y pedía días de permisos y vacaciones para buscar todos los días a mi hermano en carreteras, barrancas, basureros, Semefos. Pero se terminaron mis opciones de obtener días, el dinero se fue acabando, y más con el hecho de que las autoridades en la fiscalía local nos pedían dinero (entre dos mil y cuatro mil pesos) para darnos las sábanas de llamadas. Para ganar días y seguir buscando a mi hermano, en el Seguro Social no me quisieron dar días de incapacidad, así que busqué a una enfermera para que me hiciera un corte profundo en una de mis manos. Me dieron alrede-

dor de siete puntos y sólo obtuve quince días de incapacidad, yo esperaba que me dieran un mes. Al tiempo perdí el trabajo. Tuve que vender de a poco y malbaratado un terrenito, el dinero se lo daba a mi mamá y hermana para que juntas viajaran a la ciudad de México a ver avances en la investigación.

En este caso vemos varios elementos adversos a los que se tuvo que enfrentar este entrevistado. En primer lugar, la extorsión institucional que, lejos de actuar conforme a la ley, es violatoria de sus derechos. En segundo lugar, ante la inflexibilidad de la empresa, llegar al límite y colocarse voluntariamente en una situación de daño físico. Y no en cualquier parte de su cuerpo; en la entrevista, el mismo buscador expresó la importancia que tienen sus manos como herramienta clave para realizar sus trabajos: “tengo mucha habilidad con las manos: carpintería, electricidad, plomería, aire acondicionado, refrigeración”. Y, en tercer lugar, comprender que él sacrificaba su presencia en las diligencias para que ese dinero fuera usado por su madre y hermana. Un hombre buscador que estaba detrás de las búsquedas para hacerlas sostenibles económicamente, aunque deseaba participar en dichas labores, decidía que fueran su madre y su hermana quienes viajaran para no aumentar los gastos.

Este tipo de casos hacen urgente que, en las búsquedas de carácter humanitario, se reconozca la vulnerabilidad ante un daño como la desaparición y se favorezcan las condiciones para que las personas hagan sus diligencias sin arriesgar sus trabajos, de conformidad con los principios de enfoque humanitario y de no revictimización, los cuales implican que las autoridades adopten medidas para aliviar el sufrimiento de las víctimas y remover los obstáculos procedimentales que les impidan buscar la verdad y la justicia.⁷ Esto es, reconocer su calidad de víctimas en un sistema de cuidados y, obligar a que, por

7 Artículo 5 de la Ley General de Víctimas y de la Ley General en Materia de Desaparición Forzada.

ley, las empresas brinden los permisos para que realicen sus debidas diligencias, considerando, además, los días de desplazamiento en los casos que corresponda.

La encrucijada de decidir entre tener empleo o dedicarse a la búsqueda lleva a muchos hombres a la difícil tarea de encontrar empleos que les permitan, de forma paralela, generar ingresos para el sustento económico de sus núcleos y, a la vez, sostener las búsquedas. No obstante, hay casos en los que vivir en contextos atravesados por la criminalidad que no sólo produce la violencia extrema, sino otras violencias, tales como es el cobro de piso, ha obligado a algunas familias buscadoras a cerrar los negocios que, con esfuerzos y esperanzas, les brindaban sustento económico.

En otros casos, hay quienes, por razones de seguridad, se ven obligados a dejar sus hogares y estar en situación de desplazamiento forzado interno, lo que les obliga a abandonar, e incluso perder, su patrimonio. Otra situación que daña la economía, y a la vez genera preocupación, es garantizar los estudios para las niñas y adolescentes que quedan a su cargo.

De esta manera, la economía de los núcleos familiares entra en un proceso de pauperización, pues si bien, en la mayoría de los casos ya vivían en condiciones socioeconómicas precarias, debido a las violencias estructurales y las desigualdades, hacer frente a la desaparición agudiza dicha condición: “muchos hemos perdido el empleo por estar buscando a nuestros hijos, hemos perdido salud, la vida”; “no estamos viviendo, estamos sobreviviendo”.

“
**Muchos hemos
perdido el empleo
por estar buscando
a nuestros hijos,
hemos perdido
salud, la vida**
”



Foto cortesía de Carlos Arenas, hermano buscador.

Como hemos dado cuenta, la desaparición provoca un quiebre del transcurrir de la vida, un antes y un después que genera impactos en todas las dimensiones del sujeto, de su familia y su entorno, que obliga a reajustar las dinámicas al interior de las familias. Es una situación que, en algunas familias, une a sus integrantes, pero en otras, genera conflictos e incluso provoca separaciones. En el ámbito del hogar, también se producen reacomodos para hacer sostenibles las búsquedas. En ese sentido, y como ha sido la constante histórica, siguen siendo mayoritariamente las mujeres quienes lideran las búsquedas, asumiendo a la par la distribución inequitativa de los trabajos domésticos, de reproducción social y de cuidados.

La búsqueda de personas desaparecidas es una extensión del trabajo de cuidados que históricamente se les ha asignado a las mujeres. Esto es una forma de violencia estructural, pues es un trabajo en el cual no se recibe ninguna remuneración económica, pero también es una forma de reproducción social y sostenimiento de la vida en los nuevos escenarios bélicos, de manera que cumple dos funciones sociales (Domínguez, 2024, p. 23).

Aunque no hay datos específicos que nos permitan tener conocimiento aproximado de lo que sucede en la población buscadora, el estudio *Cuenta Satélite del Trabajo No Remunerado de los Hogares de México* del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) en torno al trabajo no remunerado en labores domésticas y de cuidados, publicado el 25 de noviembre del 2025 y con cifras del 2024, permite ilustrar los impactos que tienen las desigualdades genéricas. De acuerdo con el documento, el valor económico del trabajo no remunerado en labores domésticas y de cuidados reportó un monto de 8 billones de pesos, equivalente al 23.9 % del Producto Interno Bruto (PIB).

Además, se menciona que, en promedio, las mujeres aportaron al bienestar de sus hogares el equivalente a 82,339 pesos anuales, derivado del trabajo no remunerado en labores domésticas y de cuidados; mientras que los hombres aportaron un monto promedio de 34,695 pesos. De dichos montos, las mujeres contribuyeron con 72.6% y los hombres, con 27.4%. En conjunto, las labores domésticas y de cuidados que llevaron a cabo las mujeres aportaron 2.7 veces más valor económico que las mismas labores que desempeñaron los hombres.

Dicha situación se sostiene y reproduce, como hemos señalado, debido a la asignación genérica que introduce lógicas sociales y el establecimiento de desigualdades, opresiones y relaciones de dominación basadas en el orden patriarcal, constituyendo así un ángulo relevante a transformar. En el caso de los hombres buscadores, principalmente de quienes paternan, asumían el modelo de proveedor desde antes de la desaparición de sus hijos, lo que hacía a

“
**No hay datos
específicos que nos
permitan tener
conocimiento
aproximado de
lo que sucede
en la población
buscadora**

”

**“
Yo me uní a las búsquedas
hace cuatro años; mi
esposa estuvo caminando
diez años sola en marchas,
en búsquedas.**

”

sus esposas las responsables de la crianza, los cuidados y labores del hogar, misma dinámica que siguió establecida (en la mayoría de los casos) después de la desaparición, como lo muestran los siguientes testimonios: “por el trabajo no tenemos tanto contacto con los hijos como la mujer”.

Yo me unía las búsquedas hace cuatro años; mi esposa estuvo caminando diez años sola en marchas, en búsquedas. Ella siempre veía a las madres buscadoras en YouTube y decía: “yo quiero ser una buscadora”. Yo no la acompañaba porque laboraba. Dios me bendijo con siete hijos, entonces tenía que sacar a todos, aunque me faltaba una tenía que sacar a todos y lo logré. Siempre estuve atrás de mi esposa empujándola, la veía que se caía y la levantaba. Yo también sentía que me desmayaba, que me iba de lado, pero dije: “no, si no me levanto yo, ella va a estar igual”, y yo la empujaba y ella me decía: “me siento culpable”. Yo le decía “no mujer, nosotros no somos culpables, nosotros criamos hijos para el bien del mundo, nosotros no criamos a los malos”. Si nosotros supiéramos que iba a existir esto, yo no traigo hijos al mundo. Yo nunca pensé en buscar a una hija en un canal, en la basura porque aquí donde hacemos las búsquedas en los canales sacan toneladas de basura y ahí vamos a rascar, sin importarnos las infecciones, sin importarnos nuestros pulmones que se dañan. Mi hija estaba casada, dejó dos niñas. Yo dejé mi trabajo por buscar a mi hija, ya mis hijos estuvieron grandes, ellos crecieron, se recibieron. Dejé mi trabajo y me dijo mi esposa: “¿de qué vamos a vivir?”, le dije: “no te preocupes, Dios nos va a bendecir”. Y ahora vivimos de vender en tianguis.

Si bien la desaparición provoca reajustes en los modos de vida y las actividades cotidianas para la división de las labores en el hogar y,

en la mayoría de los hogares las tareas de cuidados y domésticas son asumidas por las mujeres, también existen otros núcleos familiares en los que son los hombres quienes encabezan la búsqueda, mismos que se organizan para realizar labores domésticas. Un ejemplo de ello es una familia en la que el padre y dos hijos, además de ser quienes están activos en la búsqueda, se organizan para repartirse las labores domésticas junto con el abuelo y la esposa y madre, quien prefiere no salir a buscar debido a que las horas previas a las diligencias le provocan estrés, ansiedad y miedo:

Las tareas de la casa, como ir al tianguis por frutas y verduras, vamos nosotros [padre, hijos y abuelo]. A los abarrotes y supermercado es lo mismo. Yo me encargó de las plantas y los patios, nos repartimos las labores de limpieza, no se lo dejamos todo a ella porque es muy pesado. Aunque la mayor parte la lleva ella cuando nosotros salimos a búsqueda, cuando regresamos siempre hay comida calientita.

El caso de esta familia donde la participación masculina constituye una red de apoyo para la madre es un ejemplo de aquellas familias que han logrado permanecer unidas ante la tragedia y mantener el funcionamiento en las dinámicas equitativas entre sus integrantes para los cuidados y las labores del hogar. En este sentido, en los años recientes, el debate sobre los cuidados ha tenido auge, particularmente en la región, ha adquirido mayor presencia y relevancia en la agenda de género y de los movimientos feministas.

De acuerdo con la socióloga feminista y estudiosa del tema Karina Batthyány, no existe una única conceptualización acabada y consensuada sobre la noción

“
**Aunque la mayor parte
la lleva ella cuando
nosotros salimos a
búsqueda, cuando
regresamos siempre
hay comida calientita.**

”



Foto cortesía Carlos Arenas, hermano buscador.

de cuidado; sin embargo, es uno de los elementos centrales de la economía y el bienestar social. Para la autora, los cuidados se han posicionado en el debate público pues son el nudo crítico de las desigualdades de género: “El pensamiento feminista ha mostrado que las tareas de atención y cuidado de la vida de las personas son un trabajo imprescindible para la reproducción social y el bienestar cotidiano de las personas” (Batthyány, 2020 p. 41).

En ese sentido, la forma de organización familiar que introduce desequilibrios en la división de las labores de búsqueda y de cuidados en contextos de macrocriminalidad evidencia grandes desafíos para que mujeres y hombres mantengan relaciones equitativas de participación en todas las esferas. De igual manera, para que el Estado diseñe e implemente políticas públicas desde un marco de cuidados encaminado a garantizar un margen de sostén y amortiguación de los daños económicos y a la salud de quienes viven día con día las adversidades de buscar a un ser amado.



V. **Riesgos y cuidados colectivos para la agencia política desde la perspectiva masculina**

Como parte de los impactos directamente derivados de su actividad de búsqueda en campo y al entrar en contacto con las autoridades, los hombres buscadores señalaron que han sufrido expresiones de violencia criminal e institucional: desgaste generado ante los largos tiempos para levantar las denuncias de casos que acompañan en sus colectivos; culpabilización, criminalización, burlas, negligencias y tratos indignos por parte de las autoridades así como falta de seguimiento a los protocolos de seguridad que garanticen la integridad de las familias ante situaciones de hostigamiento, intimidación y amenazas.

Otras situaciones que los colocan en riesgos son que la mayoría de las búsquedas se realizan lejos de sus hogares, lo cual no sólo implica

invertir gran parte de su día en desplazarse (hay quienes salen de madrugada y pasan hasta tres horas en el transporte público para llegar a un punto de encuentro con sus colectivos), sino también, regresar a altas horas de la noche. Resulta más riesgoso todavía cuando hay hallazgos y las autoridades correspondientes tardan horas en llegar al lugar para hacer el levantamiento de un cuerpo; las personas buscadoras esperan horas en lugares inseguros, en vulnerabilidad, e incluso ha habido ocasiones que las ha alcanzado la noche.

Algunos hombres mencionaron que las diligencias tienen poca seguridad estatal debido a que los Ministerios Públicos no hacen las gestiones necesarias de coordinación con las instancias encargadas de la seguridad, o, si llevan seguridad, el resguardo que hacen es sólo hasta el punto de partida; desde ahí los dejan a su suerte. Hay buscadores que sufren desplazamiento forzado interno; otros han sido directamente víctimas de violencia extrema por dedicarse activamente a la búsqueda de sus hijos, han sido desaparecidos o asesinados (al final de este documento, y a manera de homenaje, nombramos a cada uno de ellos). Los buscadores también refrieron la permisibilidad y colusión entre grupos del crimen organizado y funcionarios de todos los niveles, lo que se vincula con altos niveles de corrupción e impunidad.

No obstante los riesgos, las búsquedas dan sentido a sus vidas, son el centro de sus existencias y de sus proyectos de vida, sobre

“

Hay buscadores que sufren desplazamiento forzado interno; otros han sido directamente víctimas de violencia extrema por dedicarse activamente a la búsqueda de sus hijos, han sido desaparecidos o asesinados

”

“

**La peor manera
de morir es
seguir viviendo
sin nuestros
desaparecidos**

”

todo, para quienes realizan búsqueda en campo o forense. De ahí expresiones simbólicas y reales al expresar frases como: “la pala y el pico es la herramienta que tenemos”. Las búsquedas ordenan la existencia y el quehacer cotidiano ante el reajuste que la violencia criminal y la impunidad imponen. Constituyen un soporte subjetivo ante momentos en los que los pensamientos intrusivos, e incluso el deseo de morir, los invaden: “es una lucha interna muy fuerte”; y también, ante el miedo que produce la conciencia de irse de este mundo sin saber dónde están sus seres amados: “la peor manera de morir es seguir viviendo sin nuestros desaparecidos”.

De ahí la urgencia latente de accionar, de salir a buscar, de diferenciar “lo importante de lo urgente”; del por qué la mayoría de ellos ponen énfasis en la acción: “una manera de sanar las heridas es haciendo cosas concretas y con resultados objetivos”. Si bien, reconocen la importancia de tener espacios para abordar temas del cuidado de sí y colectivo que abonen a su sanación, así como de tener talleres y espacios que permitan intercambiar sus experiencias, saberes y estrategias, su énfasis está puesto en lo práctico y concreto del hacer. Así lo expresa uno de ellos: “pasar del pensamiento a la acción”.

Hombres buscadores refieren la importancia que otros tienen en su andar y lo importante que es no estar solos para sanar heridas entre “hermanos y compañeros de dolor”. Compartir y transmitir aprendizajes, estrategias, saberes, conocimientos que abonen en el camino de otros en tanto aminorar los estragos que ellos mismos han vivido: “ser semillas por todos lados, compartir experiencias, que el camino que tenemos recorrido sirva para que otros no lleguen tan jodidos como uno, por sin ningún lado”. Los aprendizajes de la experiencia son para guiar a otros, para compartir, articularse, hacer conexiones y moverse hacia el objetivo que es encontrar a las y los desaparecidos, a la vez que fisuran narrativas y rompen candados burocráticos.

Lo anterior no es menor. Transitar el camino de búsqueda los sitúa ante la tarea de cuidar su propia vulnerabilidad frente a las autoridades y las instituciones. Es un largo caminar, lleno de tensiones, de (des)encuentros, pero en el que han adquirido experiencia, conocimiento y herramientas para acompañar a otros, para defenderlos. El “estar para otros”, parte de la lógica de colectivizar procesos. Aunque ellos carguen con el propio peso de su sufrimiento ante la ausencia, apuestan por mantenerse unidos. Reconocen, en esa forma de posicionarse, los aprendizajes que, desde la infancia, observaron en sus madres:

Me ayuda mucho ser hijo de quien soy, desde nuestra niñez, toda la familia de mi mamá es así. En el pueblo nos dicen chismosos o metiches porque te metes a defender a los demás, desde que estábamos chicos, en la familia de mi mamá siempre han estado para los demás; mi abuelita recibía familias de otras comunidades que venían a estudiar y no tenían donde quedarse, les daba de comer, los ayudaba, los cuidaba. Igual mi mamá, siempre había alguien a quien ayudar o apoyar, era muy de darse. Nos enseñó mucho esa parte, el don de dar.

Así lo expresa otro buscador: “le saqué el carácter a mi mamá, tengo un gran corazón que me molestan las injusticias y, si yo sin conocerte, veo que se están pasando contigo, yo me meto, meto mi cuchara, y eso me ha llevado a problemas por hacer las cosas bien”. Además de la figura materna, quienes están casados o en pareja, enfatizan el apoyo y la compañía de sus esposas durante el largo proceso de búsqueda, la importancia que tiene para ellos su presencia y aporte afectivo, de cuidados y de ingresos.

“

Transitar el camino de búsqueda los sitúa ante la tarea de cuidar su propia vulnerabilidad frente a las autoridades y las instituciones

”

Ese reconocimiento a sus madres, esposas e incluso hermanos desaparecidos (“soy lo que soy, sé lo que sé por mi hermano”) son valoraciones de respeto y amor por los vínculos que, en miles de familias en el país, han sido profundamente dañados por las violencias, pero que constituyen redes que les han permitido sostenerse en la fragilidad masculina que los habita. Los hombres discutieron seriamente sobre lo riesgoso que es la figura de “líder” dentro de la colectividad, ya que esto suele llevarlos a posicionar intereses particulares y no colectivos, entre otros aspectos que generan tensiones o divisiones.

Su apuesta es por la horizontalidad; construir relaciones internas entre semejantes como una estrategia de lucha: “eliminar figuras de liderazgos en los espacios ayudar a sostener a quien tengo a un lado”. Saben que para construir desde la fuerza que da la unidad, y ser semillas para otros (metáfora que usaron en varias ocasiones) deben dejar de lado protagonismos o ir solamente tras sus intereses personales: “en el momento que dejamos de controlar lo que creemos controlable, empezamos a construir”.

José Luis Castillo. Graciela López / Cuartoscuro



“
**Sanamos dolores
mutuamente, cuidados
compartidos, somos
elementos**
”

Identificaron la relevancia de poner los cuidados en la centralidad de los procesos y con carácter de urgencia: “¿cómo nos cuidamos en todos los sentidos para sostener la búsqueda? Ya no piensas en ti mismo, sólo piensas en función de otros, de la colectividad”. En ese tenor, los hombres buscadores pusieron énfasis en el entendimiento del cuidado en su dimensión colectiva: “sanamos dolores mutuamente, cuidados compartidos, somos elementos”. En esta línea, también hicieron alusión a la inoperancia de las instituciones responsables de la atención a las víctimas, a la política de la desatención que ha tenido en el abandono a las víctimas, nombrándola como una apuesta de desgaste, de rendición y una deuda transexenal:

Las autoridades le apuestan al desgaste de cualquier caso; la autoridad solamente solapa a los perpetradores. El trabajo de las autoridades es desgastar a abogados, familias, representantes, a todo mundo que acude a Fiscalía; ellos están capacitados para desgastarnos. La institución está para que no haya verdad ni justicia. Sin embargo, siendo conscientes de esta situación derivada de la experiencia, algunos compañeros dicen “démosles el voto de la duda razonable, vamos a pensar que esta generación de FGR quiere hacer su trabajo, encontrar a las víctimas. Sabemos que la autoridad es una pieza más del Estado mexicano y que no harán nada en beneficio de las víctimas, pero sabemos que tenemos que recorrer ese camino, no hay de otra, nosotros no vamos a poder salir a instancias internacionales si no recorremos la cantidad de años que llevamos.

La violencia también atenta contra los proyectos políticos de comunidades y colectividades: “la principal afectación es no poder



Mario Vergara y Juan Carlos Trujillo.
Foto cortesía Juan Carlos Trujillo, hermano buscador.

continuar con nuestros proyectos políticos”. Esto principalmente sucede en grupos de activistas o militantes, incluso en quienes, después de la tragedia, hombres y mujeres, se vuelven defensores, como son las personas buscadoras. A pesar de los años, el cansancio y el sufrimiento, resisten y anhelan transformar la realidad ante las injusticias, la impunidad y el no duelo en el cuerpo social ante las miles de pérdidas, de ausencias; apuestan por una memoria viva, porque la justicia sea una palabra dotada de contenido que se traduzca en hechos.

Ser semillas y florecer en la búsqueda en tanto acción que los vincula amorosa y políticamente en defensa de sus seres queridos desaparecidos, que es una forma de cuidarlos desde la distancia que impone la violencia injusta:

Siempre anda conmigo mi bolsita con semillas, traigo un algodón con una recolección de semillas, a veces trae otro tipo de arbolitos porque a él [a su hijo] le gustaba reforestar, decía: “yo voy a reforestar el mundo”. Platicando con él, jugábamos, reíamos y eso me fue inyectando para recolectar semillas, hacer el pachol. Voy a diferentes lugares y regalo árboles, regalo pinos y les pregunto a los campesinos “¿cómo van los arbolitos?”, y me dicen: “desde el tiempo que me regalo este arbolito ya tiene como seis metros”. Y eso me da gusto porque lo veo como que mi hijo está floreciendo en varias partes de la República. He tirado cantidad de semillas en Reforma y no he visto si ya salieron, pero pues, una que otra tiene que salir. Cada vez que yo salgo a compartir con los compañeros les siembro una semilla, una experiencia, que no les pase como a nosotros; luchamos por el que viene atrás de nosotros. Yo me pregunto “¿qué les espera a mis nietos?” Uno en el camino va agarrando fuerza y encontrando muchas familias, aquí tienen un hermano de corazón.

Al preguntarles por el significado de justicia, prácticamente todos los participantes en el taller y los entrevistados cuestionaron la justicia que apela al ámbito estatal, no porque renuncien a ella, sino porque les ha sido negada, porque en un contexto de corrupción, impunidad y desconfianza de las autoridades, la justicia tiene otros significados más allá del Estado, lo que les da sentidos para seguir caminando. Un ejemplo de ello se refleja en el siguiente testimonio:

Justicia es lo que logramos tejer; poder acercarnos a quienes son los perpetradores de la desaparición y obtener respuestas. Es un símbolo de justicia que quienes buscan no se mueran sin respuestas de lo que hoy genera una procuración de justicia, que en nuestro país es nefasta, irreal. Un proceso de justicia es obtener respuestas y tener la posibilidad de ir a buscar para descartar hasta su último aliento la posibilidad de encontrar. Ese es un proceso de justicia se lo merecen las personas, es una justicia amorosa. No creo

en la justicia estructural, en la justicia punitiva, diseñada a modo por abogados burócratas que no tienen claridad del contexto y las violencias que vivimos. No creo en la justicia estatal que está diseñada para que no funcione; creo en la injusticia de quienes hacen creer que eso camina, esa injusticia que está matando a las mamás, a los compañeros, a todos. Justicia es que todos tengamos la oportunidad de entretrejernos, abrazarnos y generar nuestra propia justicia en el plano terrenal.

Por último, cabe reconocer la transformación de los hombres que participaron en esta investigación. Son sujetos políticos capaces de agencia; sus aprendizajes, adquiridos a partir del cúmulo de experiencias que han vivido en la acción política que ha caracterizado su camino pese a que su trayectoria vital, en la mayoría de los casos, ha estado atravesada por un *continuum de violencias*. En ese sentido, el taller favoreció la construcción colectiva de un espacio para escucharse, hablarse y reconocerse entre hombres vulnerables; reconocer que el sentido del humor, las bromas, las risas e inclusive el llanto son estrategias de resistencia que los mantiene de pie. Reconocerse hombres con experiencias diferenciadas, pero compartidas en semejanza del dolor, la rabia y la digna búsqueda. Viéndose a los ojos, reconocieron la potencia de hombres organizados.

“

No creo en la justicia estructural, en la justicia punitiva, diseñada a modo por abogados burócratas que no tienen claridad del contexto y las violencias que vivimos.

”



VI.

Conclusiones: cuidar a quienes cuidan

Los hallazgos y las discusiones presentadas en este documento son apenas una aproximación para problematizar el cruce en las experiencias de hombres buscadores, entre los impactos psicosociales y el trabajo de cuidados desde una perspectiva de género en un tema sensible y complejo, como lo es la desaparición forzada de personas.

Históricamente la participación de los hombres buscadores ha sido menor en relación con la presencia que han tenido las mujeres. Esta situación ha generado desigualdades en la responsabilidad tanto del quehacer de búsqueda como del trabajo de cuidados que dicha labor implica (al interior de los núcleos familiares como a nivel colectivo). Como hemos visto, una razón que sostiene tal situación está anclada a la asignación de estereotipos que socialmente se asignan a cada género.

Aunado a lo anterior y, particularmente con los hombres, el mandato del “deber ser” fuertes e irrompibles, ha provocado una autoinvalidación o minimización del reconocimiento de su fragilidad, vulnerabilidad y



Foto cortesía Cirilo Díaz del Ángel, padre buscador.

experiencia emocional, lo que conlleva un camino más en solitario en la forma en que hacen frente a los malestares biopsicosociales que se generan ante la violencia extrema que atraviesan. Sin embargo, las emociones y los afectos son el impulso que los moviliza en su hacer político y en las prácticas cotidianas de cuidado que realizan para los demás.

“

El mandato del “deber ser” fuertes e irrompibles, ha provocado una autoinvalidación o minimización del reconocimiento de su fragilidad, vulnerabilidad y experiencia emocional, lo que conlleva un camino más en solitario en la forma en que hacen frente a los malestares biopsicosociales

”

Atajar los múltiples daños desde un enfoque diferencial e interseccional, enmarcados en el reconocimiento del derecho a los cuidados para la sostenibilidad de la vida ante la urgente necesidad de implementar un sistema de cuidados para la población buscadora en su conjunto, es un desafío que trastoca agendas e involucra la corresponsabilidad, participación y los esfuerzos de múltiples actores.

Ser cuidado/a/e implica que toda persona que dependa en cierta medida de otros tiene derecho a recibir atenciones de calidad, adecuadas y suficientes que no solo garanticen su bienestar, sino que también fomenten su crecimiento integral a lo largo de todas las fases de su vida (Vega Salazar, 2024).

Impulsar normativas y políticas que reconozcan el derecho a los cuidados en la población buscadora es un tema necesario y urgente del cual hay poco trabajo realizado. Si bien el presente documento coloca el foco analítico en los hombres buscadores, la deuda por la igualdad entre mujeres y hombres es titánica, pues la brecha sigue cargando la responsabilidad hacia las mujeres buscadoras.⁸ Para aminorar lo anterior y revertir la reproducción de violencias, daños y desigualdades, la apuesta es avanzar, por un lado, hacia masculinidades corresponsables y cuidadoras y, por otro lado, a tener un aparato estatal que cobije a todas las personas bajo el paraguas garantista de la búsqueda, el cuidado y la igualdad, sin dejar de reconocer las experiencias, los impactos y las necesidades diferenciadas de cada grupo.

Para avanzar hacia lo ya mencionado, ayudará considerar los avances significativos que se han tenido en la región para el establecimiento de políticas públicas; uno de ellos, posicionar en la agenda pública el tema de cuidados desplazando su centro de una visión exclusiva del ámbito privado al interior de las familias, así como de ser una tarea exclusiva de las mujeres:

[...] la necesaria consideración de las cuestiones normativas, económicas, institucionales, culturales y sociales vinculadas al trabajo de cuidado, de manera que los riesgos asociados a cuidar y a requerir de cuidados no recaigan únicamente sobre la familia, y dentro de éstas, primordialmente en las mujeres. Por el contrario, estas políticas buscan que las acciones destinadas al cuidado se desenvuelvan en un ámbito donde Estado, mercado, comunidad y familia contribuyan activamente en su desarrollo y gestión, bajo una lógica de corresponsabilidad (Batthyány, 2020, p. 48).

8 Un documento que aborda la relación entre el derecho a los cuidados en las mujeres buscadoras es el *Amicus Curiae* “Cuidar a quien cuida ante el abandono estatal: construyendo el derecho al cuidado de las madres buscadoras” (2023), realizado por el Programa de Derechos Humanos de la Universidad Iberoamericana dirigido a la Corte Interamericana de Derechos Humanos en el marco de la Opinión Consultiva referenciada.



Javier Barajas, padre buscador. Claudia García, Fundar.

La creación de un modelo sustentable de políticas públicas *ad hoc* a las necesidades concretas de las personas buscadoras debe contribuir a amortiguar los daños (físicos, emocionales, psicológicos, materiales, de riesgos) que deterioran constantemente su vida cotidiana, individual, familiar, comunitaria y social, así como tener una visión social ante la necesidad de generar una redistribución de las tareas de cuidado y de búsqueda que disminuya la disparidad sostenida en roles de género asignados mayoritariamente a las mujeres, y que impactan, tanto en la economía, al ser trabajo no remunerados, como en la carga de responsabilidades en términos afectivos y morales.

En ese sentido, generar registros, insumos y conocimientos que permitan construir marcos de comprensión de la experiencia de quienes buscan, nos obliga a escuchar a mujeres, hombres, juventudes e infancias, a entender desde sus perspectivas las claves para aterrizar un esquema de atención de cuidados eficaz y sostenible. En el caso de este documento, los hombres buscadores han sido el centro de abordaje, lo que ha permitido acercarnos a la configuración de masculinidades en contextos de violencia; a los sentidos y significados de su quehacer de búsqueda desde su perspectiva; a entender cómo establecen y reproducen formas de relacionarse; cómo atraviesan una situación traumática en contextos socioculturales que les exigen hacerlo en silencio y soledad; desde qué lugar se posicionan como sujetos políticos, emocionales, como cuerpos y subjetividades con necesidades y deseos.

Por lo anterior, los cuidados, en diálogo con los daños, tienen especificidades que requieren nuestro foco de atención, no sólo a nivel individual y familiar, sino colectivo: colectivizar los cuidados es politizar el carácter más radical de la defensa de la vida; proteger de manera equitativa a quienes, desde su trinchera, con las herramientas y los recursos que tienen al alcance, cuidan mientras buscan y hacen frente, cuerpo a cuerpo, a la violencia criminal e institucional. Cuidar a quienes cuidan es un deber que nos involucra a todas las personas, para que ninguna persona buscadora esté expuesta al descuido y sea vulnerable en condiciones socioeconómicas adversas, haciendo frente a violencias, a los daños y a los riesgos ante la injusticia cometida con la desaparición de sus seres amados.

“
cuidados, en diálogo con los daños, tienen especificidades que requieren nuestro foco de atención, no sólo a nivel individual y familiar, sino colectivo: colectivizar los cuidados es politizar el carácter más radical de la defensa de la vida
”

Referencias

Batthyány, Karina (2020). *Miradas latinoamericanas al cuidado*. Karina Batthyány (coord.) *Miradas latinoamericanas a los cuidados*, Siglo XXI/CLACSO, pp. 11-52. Disponible en: <https://www.clacso.org/wp-content/uploads/2020/12/Miradas-latinoamericana.pdf>

_____ (2024). *Desafíos y oportunidades de la sociedad del cuidado en América Latina y el Caribe*, Karina Batthyány, Valentina Perrotta y Javier A. Pineda Duque (coords.), *La sociedad del cuidado y políticas de la vida*, CLACSO/INMujeres/UNAM/UNRISD, pp. 17-36. Disponible en: <https://www.clacso.org/la-sociedad-del-cuidado-y-politicas-de-la-vida-2/>

Butler, Judith (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. México: Editorial Paidós Mexicana.

Butler, Judith, Zeynep Gambetti y Leticia Sabsay (eds.) (2016). *Vulnerability in Resistance*. Durham: Duke University Press.

Centro Prodh (2023, julio 26). *Padres y madres de los 43 normalistas de #Ayotzinapa* [video]. YouTube. Disponible en <https://www.youtube.com/live/bNhD7j3SEAI?t=458s>

Domínguez Cornejo, Matilde Margarita (2024). *Buscar es cuidar: cuidar es trabajar. El caso de Guanajuato, México, Desacatos*, 77(enero-abril): 12-27. Disponible en https://ciesas.repositorioinstitucional.mx/jspui/bitstream/1015/1893/1/02_D77_SYR_Buscar%2Bes%2Bcuidar.pdf

Gracia Ibáñez, Jorge (2022). “Derecho al cuidado: un abordaje desde los derechos (humanos)”, *Oñati Socio-Legal Series*, 12(1): 179-210. Disponible en: <https://zaguan.unizar.es/record/126245>

Hernández, Aída (2019). “Antropología jurídica feminista y sus aportes al trabajo forense con familiares de desaparecidos: alianzas y colaboraciones con Las Rastreadoras de El Fuerte”, *Revista ABYA-YALA*, 3(2): 94-119. Disponible en <https://www.rosalvaaidahernandez.com/wp-content/uploads/2020/04/2019-ARTICULO-La-Antropolog%C3%ada-Jur%C3%addica-feminista-y-sus-aportes-PDF.pdf>

Holland, J. 2007. “Emotions and Research”, *International Journal of Social Research Methodology* 3(10): 195-209.

INEGI (2025). *Cuenta Satélite del Trabajo No Remunerado de los Hogares de México*. Disponible en: <https://www.inegi.org.mx/app/saladeprensa/noticia/10354>

Lutz, Catherine (1986). “Emotion, thought, and estrangement: emotion as a cultural category”, *Cultural Anthropology*, 1(3): 287-309.

Mateo Cruz, Eduardo (2025). “Paternidad heredada. La construcción del sujeto hombre-padre universitario a partir de su referencia paterna”, Luz María Galindo Vilchis y Tania Lizbeth Meléndez Elizalde (coords.), *Paternidades y cuidados*, México: UNAM, pp. 44-62. Disponible en <https://aragon.unam.mx/fes-pub/documents/libros/202.pdf>

Palacios, Anaís y Raquel Maroño (2021). “2. La participación masculina en la búsqueda de personas desaparecidas: Una mirada desde la paternidad mexicana”. Instituto Mexicano de Derechos Humanos y Democracia A.C. (IMDHD). Disponible en <https://mx.boell.org/es/2021/03/08/2-la-participacion-masculina-en-la-busqueda-de-personas-desaparecidas-una-mirada-desde>

Pérez-Sales, Pau (2011). “La culpa traumática y sus contextos: reflexiones sobre una psicología de las decisiones morales”, *Átopos, salud mental, comunidad y cultura*, 12(noviembre): 17-32. Disponible en: <https://www.pauperez.cat/tematico/articulos/psicoterapia/la-culpa-traumatica-y-sus-contextos-reflexiones-sobre-una-psicologia-de-las-decisiones-morales/>

Ramírez González, Paola Alejandra (2021). *Política y (po)ética de vivos y muertos: caminos para rehabilitar la vida después de la desaparición forzada y la muerte violenta*. [Tesis de doctorado, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social]. CIESAS Repositorio. Disponible en: <https://ciesas.repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1015/1530>

_____ (2025). “Padres buscadores: estragos de las violencias y reconocimiento social”. Fundar, Centro de Análisis e Investigación. Disponible en: <https://fundar.org.mx/padres-buscadores-estragos-de-las-violencias-y-reconocimiento-social/>

Sales Gelabert, Tomeu (2021). “Vulnerabilidad, precarización e injusticias interseccionales: notas para una filosofía política feminista”, *Isegoría*, 64(e02): 1-12. Disponible en: <https://doi.org/10.3989/isegoria.2021.64.02>

Segato, Rita (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes. Disponible en: <https://valijapedagogica.mercosursocialsolidario.org/archivos/hc/1-aportes-teoricos/2.marcos-teoricos/3.libros/RitaSegato.LasEstructurasElementalesDeLaViolencia.pdf>

_____ (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*, Buenos Aires: Prometeo.

Vega Salazar, Camila (2024). *Mujeres que buscan, mujeres que cuidan: experiencias de mujeres buscadoras de personas desaparecidas y su ejercicio del derecho al cuidado*. [Trabajo de grado para optar por los títulos de Magíster en Género y Magíster en Estudios Interdisciplinarios sobre Desarrollo, CIDER, Universidad de Los Andes]. Repositorio UNIANDES. Disponible en: <https://repositorio.uniandes.edu.co/flip/?pdf=/bitstreams/c7f46fef-bobe-405a-ae86-3f2faf2ba445/download>



Anexo

En memoria de los hombres buscadores que se han ido de este mundo sin haber encontrado a sus tesoros⁹

Como un gesto mínimo de reconocimiento por su lucha, honramos el recuerdo de los hombres buscadores que han sido asesinados, desaparecidos o que por enfermedad u otras circunstancias, han muerto sin encontrar a sus seres amados y que buscaron en vida con tenzón y esperanza de encontrarles.

Asesinados

Nepomuceno Moreno Núñez.

Integrante del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD), fue asesinado el 28 de noviembre de 2011 en Hermosillo, Sonora. Buscaba a su hijo Jorge Mario Moreno León, desaparecido el 1 de julio

⁹ La documentación realizada por Fundar fue complementada por el artículo publicado en el portal *A dónde van los desaparecidos*: “27 personas buscadoras han sido asesinadas y tres más desaparecidas en México”, 4 de abril, 2025. Disponible en: <https://adondevanlosdesaparecidos.org/2025/04/04/27-personas-buscadoras-han-sido-asesinadas-y-una-mas-desaparecida-en-mexico/>

de 2010. Jorge Mario fue desaparecido junto con tres amigos quienes fueron perseguidos y baleados por un grupo de hombres armados cuando transitaban de regreso de una fiesta en Ciudad Obregón.

José Nicanor Araiza Dávila.

Buscaba a su hijo Nicanor Araiza Hernández de 27 años, desaparecido el 30 de septiembre de 2018, en Villa de Cos, Zacatecas. José fue sustraído de su domicilio por hombres armados el 22 de julio de 2021, en el municipio Villa de Cos. El 27 de julio, su cuerpo fue localizado en el municipio Concepción del Oro, al norte del estado.

Noé Sandoval Adame.

Miembro del Colectivo Familiares en Búsqueda María Herrera Chilpancingo. Buscaba a su hijo Kevin Sandoval Mesa de 16 años, desaparecido el 17 de noviembre de 2023. Fue asesinado el 13 de febrero de 2024 afuera de su domicilio en Zumpango del Río, cerca de Chilpancingo, Guerrero.

Magdaleno Pérez Santes.

Integrante del colectivo Familiares en Búsqueda María Herrera Poza Rica, Veracruz. Padre de Diana Paloma Pérez Vargas, desaparecida desde el 22 de noviembre de 2019 en Tres Cruces, Poza Rica. Fue asesinado el 12 de marzo 2025.

Leopoldo Valenzuela Escobar.

Buscaba a su hijo Leopoldo Valenzuela Gómez, secuestrado el 23 de septiembre de 2010 por sujetos armados que irrumpieron en un negocio familiar. Fue asesinado por un comando armado que ingresó a su casa el 4 de febrero de 2011 en Nuevo Ideal, Durango.

Bernardo Carreto González.

Buscaba a sus hijos Miguel, Juan y Víctor Carreto Cuevas, secuestrados y desaparecidos el 10 de mayo de 2015 por un retén de hombres

armados en la entrada de Chilapa de Álvarez, Guerrero. Asesinado el 22 de diciembre de 2015 en Tepozcuaula, Guerrero.

José de Jesús Jiménez Gaona.

Integrante de la Brigada Nacional de Búsqueda de Personas Desaparecidas. Buscaba a Jenny Isabel Jiménez Vázquez, desaparecida en mayo de 2011. Fue asesinado en junio de 2016, en Poza Rica, Veracruz.

Pablo Iván Miramontes.

Buscaba a su hermano César Alejandro, desaparecido en abril de 2018 en Guadalajara, Jalisco. En julio de ese año, el buscador desapareció tras haber acudido a una cita al recibir la llamada de un supuesto informante; dos semanas después, su cuerpo fue localizado en una fosa clandestina en Guadalajara.

Francisco Javier Barajas Piña.

Buscó a su hermana Guadalupe Barajas, desaparecida el 29 febrero de 2020. En febrero de 2021, su cuerpo (junto con otros setenta y nueve cuerpos) fue localizado en una fosa clandestina en Salvatierra, Guanajuato. Tras la desaparición y localización de su hermana, Javier se integró a la Comisión Estatal de Búsqueda en Guanajuato. Fue asesinado el 29 de mayo de 2021 en el centro de Salvatierra.

José Iván Orozco Medina.

Buscaba a su padre Leonel Orozco Ortiz y a sus hermanos Leonel y Moisés, desaparecidos en 2008, 2009 y 2012 respectivamente, en Michoacán. José Iván fue atacado a balazos el 11 de enero de 2018, cuando viajaba en la carretera San Francisco-Nuevo Zirosto, en Uruapan, Michoacán. Era integrante del colectivo Familiares Caminando por la Justicia.

Jorge Ulises Cardona Zavala.

Hijo de Rosario Zavala Aguilar, buscadora asesinada el 16 de octubre de 2020 en León, Guanajuato. Jorge, al igual que su madre, buscaba a su hermano Yatziri Misael Cardona desaparecido el 23 de diciembre de 2019 tras haber sido sustraído de su hogar por hombres armados. Jorge Ulises fue asesinado el 29 de junio de 2022 en León, Guanajuato.

Desaparecidos

José Francisco Arias Mendoza.

Integrante del colectivo Hasta Encontrarte, Guanajuato. Buscaba a su hijo Miguel Ángel González Vázquez, desaparecido el 20 de enero de 2022 y localizado sin vida en febrero de 2023. A la familia no se le restituyó el cuerpo completo, motivo por el cual José Francisco decidió seguir activo en el quehacer de búsqueda. Fue privado de su libertad el 9 de junio de 2025 en Irapuato, Guanajuato, al ser sustraído de su hogar por un grupo de hombres armados, quienes, tras asesinar a su hijo Jaime González Vázquez, se llevaron a José Francisco.

José Juan Arias Corona.

Desaparecido el 28 de diciembre de 2025 en Valle de Santiago, Guanajuato. Busca a su hijo José Juan Arias Solís, adolescente de 14 años desaparecido el 19 de junio de 2025 en el mismo lugar. De acuerdo con documentación periodística, el menor de edad fue desaparecido forzosamente en un operativo realizado en su hogar por elementos del Ejército y de la Guardia Nacional. Pese a contar con las medidas de protección otorgadas por la Fiscalía General de la República (FGR) por los riesgos de la búsqueda de su hijo, José Arias Corona sigue sin ser localizado.

Enfermedad y accidentes

Ezequiel Mora Chora.

Padre de Alexander Mora Venancio, uno de los 43 estudiantes del caso Ayotzinapa. Murió de un infarto la noche del domingo 28 de agosto de 2022.

Bernardo Campos Santos.

Padre de José Ángel Campos Cantor, uno de los 43 estudiantes del caso Ayotzinapa. Murió en septiembre de 2021 a causa de complicaciones por Covid-19.

Saúl Bruno Rosario.

Padre de Saúl Bruno García, uno de los 43 estudiantes del caso Ayotzinapa. Falleció de diabetes en agosto de 2021, en la comunidad de Magueyitos, municipio de Tecoaapa, Guerrero, de donde era originario.

Tomás Ramírez Jiménez.

Padre de Julio César Ramírez Nava, estudiante de Ayotzinapa asesinado. Tomás murió el sábado 1 de diciembre 2018 por complicaciones en su salud.

Donato Abarca Beltrán.

Padre de Luis Ángel Abarca Carrillo, uno de los 43 estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa. Donato murió el 29 de mayo de 2025, como consecuencia de un paro respiratorio vinculado con una embolia que padecía.

Ramón López Anaya.

Integrante del colectivo de Búsqueda María Herrera Poza Rica. Buscaba a su hijo Rogelio López Villarreal desaparecido el 30 de diciembre de 2009 en Poza Rica, Veracruz. Murió el 20 de diciembre de 2025.

Mario Vergara Hernández.

Los Otros Desaparecidos, Iguala, Guerrero. Buscaba a su hermano Tomás, secuestrado y desaparecido el 5 de julio de 2012 en Huitzucó, Guerrero. Mario fue pionero en llevar a cabo de manera autogestiva las búsquedas en campo, localizando fosas clandestinas. Murió el 18 de mayo de 2023 a causa de un accidente en la recicladora de materiales de la familia. Mario es un referente para las personas buscadoras en México, sus enseñanzas transmitidas con generosidad, la humildad de su ser y la sensibilidad que caracterizaba su forma de cuidar a los muertos, hacen que su legado trascienda más allá de su muerte.

José Antonio Robledo Chavarría.

Padre de José Antonio Robledo Fernández, desaparecidos el 25 de enero de 2009 en Monclova, Coahuila. Falleció el 10 de abril de 2026 debido a problemas de salud.







FUNDAR, CENTRO DE ANÁLISIS E INVESTIGACIÓN A. C.

DIRECTOR EJECUTIVO
Diego de la Mora Maurer

ASAMBLEA DE PERSONAS ASOCIADAS

PRESIDENTE
Felipe José Hevia de la Jara

SECRETARIA
Rachel Sieder

TESORERA
Emilienne de León

VOCAL
Christian Gruenberg

VOCAL
Darwin Franco

INTEGRANTE
Daniela Rea Gómez

INTEGRANTE
Aleida Hernández Cervantes

INTEGRANTE
Viridiana Ríos

INTEGRANTE
Guillermo Cejudo

INTEGRANTE
Rubi Hernández Duarte

INTEGRANTE
Amaranta Gómez Regalado

